

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 47

LA ESCRITURA INSPIRADA POR DIOS

*“Toda la Escritura es
inspirada por Dios”.*

2 Timoteo 3:16

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

47

La Escritura inspirada por Dios

Contenido

La Roca inexpugnable.....	3
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
La Escritura inspirada por Dios	7
<i>Louis Gaussen (1790-1863)</i>	
Inspiración verbal.....	12
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
El canon de las Escrituras	17
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	
Infalibilidad y autoridad.....	21
<i>Charles Hodge (1797-1878)</i>	
Jesús y la autoridad bíblica	26
<i>Benjamin B. Warfield (1851-1921)</i>	
Autoridad divina: ¿La iglesia o las Sagradas Escrituras?	30
<i>Wilhelmus à Brakel (1635-1711)</i>	
La necesidad de la Escritura	35
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
La perspicuidad de las Escrituras.....	40
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	
El testimonio del Espíritu.....	43
<i>John Murray (1898-1975)</i>	
Dios reclama tu atención.....	48
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2024 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

LA ROCA INEXPUGNABLE

Arthur W. Pink (1886-1952)

EL cristianismo es la religión de un Libro. El cristianismo está basado en la roca inexpugnable¹ de la Sagrada Escritura. El punto de partida de toda discusión doctrinal debe ser la Biblia. Sobre el fundamento de la inspiración² divina de la Biblia, se levanta o cae todo el edificio de la verdad cristiana: “Si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo?” (Sal. 11:3). Renuncia al dogma³ de la inspiración verbal⁴ y quedarás como un barco sin timón en un mar tempestuoso —a merced de cualquier viento que le sople—. Niega que la Biblia es, sin reservas, la mismísima Palabra de Dios, y quedarás sin ningún estándar final de medida y sin ninguna autoridad suprema. Es inútil discutir cualquier doctrina enseñada por la Biblia hasta que estés preparado para reconocer, sin reservas, que la Biblia es el tribunal definitivo de apelación. Admite que la Biblia es una revelación⁵ divina y una comunicación de la propia mente y voluntad de Dios a los hombres, y tendrás un punto de partida firme desde el cual se puede avanzar en el dominio de la verdad. Reconoce que la Biblia es (en sus manuscritos originales) inerrante⁶ e infalible⁷, y llegarás al punto en que el estudio

¹ **Inexpugnable** – Imposible de ser derrotado o vencido.

² **Inspiración** – La acción de Dios por medio del Espíritu Santo sobre un autor humano, por la cual, éste es infaliblemente movido y guiado en su escritura para que sus palabras sean las palabras de Dios. Los compositores o poetas modernos afirman que sus escritos son “inspirados” y se dice que los actores, músicos y atletas realizan actuaciones “inspiradas”; esto debilita la idea de inspiración. Por eso, algunos teólogos prefieren el término *inspirado por Dios*. Éste es el significado literal de *teopneustos* en 2 Timoteo 3:16, que es “inspirada por Dios”.

³ **Dogma** – Principio autoritativo o doctrina.

⁴ **Inspiración verbal** – El acto de Dios por el Espíritu Santo de autorizar cada palabra de la Escritura, no solamente sus pensamientos o ideas.

⁵ **Revelación** – Conocimiento que Dios comunica al hombre, especialmente, revelándose a Sí mismo y su voluntad por diversos medios, entre ellos, la Biblia. La revelación y la inspiración están relacionadas: La revelación comunica el conocimiento de Dios por distintos medios. La inspiración preservó del error a los autores humanos de la Biblia cuando escribieron el contenido de las Escrituras, dándonos así una Biblia infalible por la cual somos sabios para la salvación. La revelación suele dividirse en revelación *general* —naturaleza, historia, conciencia— y revelación *especial* —el Hijo de Dios encarnado y la Palabra de Dios escrita—.

⁶ **Inerrante** – Sin error.

⁷ **Infalible** – Sin capacidad para fallar: “La palabra ha comunicado, esencialmente, el mismo significado durante, al menos, cinco siglos, del XV al XX. ‘Infalible’ es mucho más fuerte que ‘seguro’ o ‘inerrante’, puesto que comunica una imposibilidad teórica de cometer errores. Una persona puede sacar el 100% en un examen de inglés. En ese examen en concreto,

de su contenido te será práctico y provechoso.

Es imposible sobrestimar la importancia de la doctrina de la inspiración divina de la Escritura. Éste es el centro estratégico de la teología cristiana y debe ser defendido a toda costa. Es el punto al que nuestro enemigo satánico lanza, constantemente, sus batallones infernales. Aquí fue donde hizo su primer ataque. En el Edén preguntó: “¿Conque Dios os ha dicho...?” (Gn. 3:1), y hoy sigue con la misma táctica. A lo largo de los siglos, la Biblia ha sido el objeto central de sus ataques. Cada arma disponible en el arsenal del diablo ha sido empleada en sus esfuerzos determinados e incesantes para destruir el templo de la verdad de Dios. En los primeros días de la era cristiana, el ataque del enemigo se hizo abiertamente —siendo la hoguera el principal instrumento de destrucción— pero, en estos “últimos días”, el asalto se hace de una manera más sutil y proviene de un lugar más inesperado. El origen divino de las Escrituras se discute ahora en nombre de la “erudición” y la “ciencia”, y eso también lo hacen aquellos que profesan ser amigos y defensores de la Biblia. Gran parte del aprendizaje y la actividad teológica del momento, se concentran en el intento de desacreditar y destruir la autenticidad y autoridad de la Palabra de Dios, con el resultado de que miles de cristianos nominales⁸ se ven sumidos en un mar de dudas. Muchos de aquellos a quienes se les paga por pararse en nuestros púlpitos y defender la verdad de Dios, son ahora los mismos que se dedican a sembrar las semillas de la incredulidad y a destruir la fe de aquellos a quienes ministran. Pero estos métodos modernos no tendrán más éxito en sus esfuerzos por destruir la Biblia que los empleados en los primeros siglos de la era cristiana. Como podrían los pájaros intentar demoler la roca de granito de Gibraltar picoteándola con sus picos —“Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Sal. 119:89)—.

Ahora, la Biblia no teme la investigación. En lugar de temerla, la Biblia invita y desafía la consideración y el examen. Cuanto más se le conozca, cuanto más se le lea, cuanto más se le estudie cuidadosamente, tanto más se le recibirá sin reservas como Palabra de Dios. Los cristianos no son una compañía de fanáticos entusiastas. No son amantes de los mitos. No están ansiosos por creer un engaño. No desean que sus vidas sean moldeadas por una superstición vacía. No desean confundir la alucinación con la inspiración. Si se equivocan, quieren ser puestos

la persona estaba ‘segura’ o ‘inerrante’. Sin embargo, eso no indica que la persona sea incapaz de fallar una pregunta en un examen. Por lo tanto, se puede escribir con certeza sin ser, necesariamente, infalible. Pero la infalibilidad, la incapacidad de fallar, sí garantiza la certeza” (L. Russ Bush y Tom J. Nettles, *Los bautistas y la Biblia [Baptists and the Bible]*, revisado y ampliado, 50).

⁸ **Nominal** – Sólo de nombre.

en lo recto. Si son engañados, quieren ser desilusionados. Si están equivocados, desean ser corregidos.

La primera pregunta que debe responder el lector reflexivo de la Biblia es: “¿Qué importancia y valor debo darle al contenido de las Escrituras? ¿Acaso los escritores de la Biblia eran fanáticos movidos por un frenesí oracular⁹? ¿Fueron sólo inspirados poéticamente y elevados intelectualmente?”. O ¿fueron, como decían ser y como afirman las Escrituras, inspirados por el Espíritu Santo (2 P. 1:21) para actuar como la voz de Dios ante un mundo pecador? ¿Fueron los escritores de la Biblia inspirados por Dios en una manera como no lo fueron otros hombres en ninguna otra época del mundo? ¿Estaban investidos y dotados con el poder de revelar misterios e indicar a los hombres el camino hacia lo que, de otro modo, habría sido un futuro inescrutable¹⁰?

Uno puede apreciar, fácilmente, el hecho de que la respuesta a estas preguntas es de suprema importancia. Si la Biblia no es inspirada en el sentido más estricto de la palabra, entonces carece de valor porque pretende ser la Palabra de Dios. Y si sus afirmaciones son espurias¹¹, entonces sus declaraciones no son fiables y su contenido no es digno de confianza. Si, por el contrario, puede demostrarse a satisfacción de todo investigador imparcial que la Biblia es la Palabra de Dios, inerrante e infalible, entonces tenemos un punto de partida desde el cual podemos avanzar hacia la conquista de toda la verdad.

Un libro que afirma ser una revelación divina —una afirmación que... está respaldada por las credenciales más convincentes— no puede ser rechazado o incluso descuidado, sin grave peligro para el alma. La verdadera sabiduría no puede negarse a examinarlo con cuidado e imparcialidad. Si las afirmaciones de la Biblia están bien fundadas, entonces el estudio diligente y en oración de las Escrituras, adquiere una importancia primordial: tienen un derecho sobre nuestra atención y tiempo que nada más tiene y, a su lado, todo en este mundo pierde su brillo y se hunde en la más absoluta insignificancia. Si la Biblia es la Palabra de Dios, entonces trasciende¹² infinitamente en valor, a todos los escritos de los hombres; y en proporción exacta a su inconmensurable superioridad sobre las producciones humanas, tal es nuestra responsabilidad y deber de darle la más reverente y seria consideración.

⁹ **Frenesí oracular** – Comunicaciones supuestamente divinas, pronunciadas por profetas dementes.

¹⁰ **Inescrutable** – Que no puede ser entendido o averiguado. Que no se puede ‘escrutar’: Observar o examinar algo o a alguien con mucha atención y minuciosidad.

¹¹ **Espurias** – Falsas, ilegítimas, no auténticas.

¹² **Trasciende** – Va más allá, se eleva por encima de los límites; sobrepasa.

Como revelación divina, la Biblia debe ser estudiada; sin embargo, éste es el único tema sobre el cual la curiosidad humana no desea información. En todas las demás esferas, el hombre impulsa sus investigaciones; pero el Libro de los libros es descuidado y esto, no sólo por los ignorantes e iletrados, sino también por los sabios de este mundo. El diletante¹³ culto se jactará de conocer a los sabios de Grecia y Roma, sin embargo, sabrá poco o nada de Moisés y los profetas, de Cristo y sus apóstoles. Pero el descuido general de la Biblia confirma las Escrituras y proporciona una prueba adicional de su autenticidad. El desprecio con el que se trata la Biblia, demuestra que la naturaleza humana es, exactamente, como la Palabra de Dios la representa —caída y depravada— y es una prueba inequívoca de que la mente carnal está en enemistad¹⁴ contra Dios.

Si la Biblia es la Palabra de Dios; si se encuentra en un plano infinitamente exaltado por sí sola; si trasciende inconmensurablemente sobre todas las más grandes producciones del genio humano; entonces, naturalmente deberíamos esperar encontrar que tiene credenciales únicas, que hay marcas internas que prueban que es la obra de Dios, que hay evidencia concluyente para mostrar que su Autor es sobrehumano, divino. El propósito de este [texto] es demostrar que estas expectativas se cumplen; que no hay razón alguna para que alguien dude de la inspiración divina de las Escrituras. Al examinar el mundo natural, encontramos innumerables pruebas de la existencia de un Creador personal y el mismo Dios que se ha manifestado a través de sus obras, también ha revelado su sabiduría y voluntad, a través de su Palabra. El Dios de la creación y el Dios de la revelación escrita son Uno y hay argumentos irrefutables¹⁵ para demostrar que el Todopoderoso, Quien hizo los cielos y la tierra, es también el autor de la Biblia.

Tomado de *La divina inspiración de la Biblia (The Divine Inspiration of the Bible)*, de dominio público.

Arthur W. Pink (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de la Biblia y autor; nacido en Nottingham, Inglaterra. Reino Unido.



¹³ **Diletante** – Aficionado que se dedica a una actividad sin intenciones serias y que pretende tener conocimientos.

¹⁴ **Enemistad contra** – Hostil a; condición de ser enemigo.

¹⁵ **Irrefutable** – Imposible de negar o refutar.

LA ESCRITURA INSPIRADA POR DIOS

Louis Gaussen (1790-1863)

NUESTRO objetivo en este [artículo] es, con la ayuda de Dios y con la única autoridad de su Palabra, exponer, establecer y defender la doctrina cristiana de la inspiración divina...

Definición de *teopneustia*¹: Este término es usado para designar el poder misterioso que el Espíritu divino ejerció sobre los autores de las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, para que las compusieran tal como han sido recibidas por la Iglesia de Dios de sus manos. “Toda la Escritura”, dice un Apóstol, “es *teopnéustica*” (2 Ti. 3:16).

Esta expresión griega, en la época en que san Pablo la empleó, era nueva, quizás incluso, entre los griegos. Sin embargo, aunque el término no se utilizaba entre los griegos idólatras, no ocurría lo mismo entre los judíos helenistas². El historiador Josefo³, contemporáneo de san Pablo, emplea otro [término] muy parecido en su primer libro *Contra Apión*⁴; al hablar de todos los profetas que compusieron... los veintidós libros sagrados del Antiguo Testamento⁵, añade que escribieron “según la *pneustia* (o la *inspiración*) que viene de Dios”. Y el filósofo judío Filón⁶, contemporáneo de Josefo, en el relato que nos ha dejado de su [misión como embajador] ante el emperador Cayo, haciendo uso... de una

¹ ***Teopneustia*** – Inspirada por Dios; “lo que declara este pasaje fundamental [2 Ti. 3:16] es, sencillamente, que las Escrituras son un producto divino... El ‘aliento de Dios’ es en las Escrituras, sólo el símbolo de su poder omnipotente... ‘Por la palabra de Jehová’, leemos en el significativo paralelo de Salmos 33:6, ‘fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca’... Cuando Pablo declara entonces, que ‘cada Escritura’ o ‘toda Escritura’ es el producto del aliento divino, ‘es inspirada por Dios’, afirma con toda la energía que podría emplear, que la Escritura es el producto de una operación específicamente divina” (B. B. Warfield, *Revelación e inspiración [Revelation and Inspiration]*, 79).

² **Judíos helenistas** – Judíos que adoptaron la cultura y el idioma griego.

³ **Tito Flavio Josefo** (37 d.C. - c. 100) – Erudito e historiador romano-judío del siglo I.

⁴ **Apión** (c. 30-20 a.C. - c. 45-48 d.C.) – Gramático egipcio helenizado (maestro de niños) que escribió una obra contra los judíos; Josefo respondió a sus ataques.

⁵ **Veintidós... Antiguo Testamento** – Josefo afirmaba que los judíos combinaban 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes, 1 y 2 Crónicas, Rut y Jueces, Esdras y Nehemías, Jeremías y Lamentaciones, y los 12 profetas menores, con lo que el número de libros de sus Escrituras llegaba a 22, en lugar de los 39 que se encuentran en las traducciones actuales. El contenido de ambos, sin embargo, es idéntico (*Ver* Duane L. Christensen, Josefo y los veintidós libros del Canon de la Sagrada Escritura [*Josephus and the Twenty-two-book Canon of Sacred Scripture*] en *JETS* 21/1 [marzo 1986], 37-46). Sin embargo, la triple división general de la Biblia hebrea es de 24 libros: La Torá (5), los Profetas (8) y los Escritos (11).

⁶ **Filón de Alejandría** (c. 25 a.C. - c. 50 d.C.) – Filósofo judío helenista que vivió en Alejandría, Egipto.

expresión muy parecida a la de san Pablo, llama a las Escrituras “oráculos *teopnéusticos*”, es decir, oráculos dados bajo la agencia y el dictado⁷ de Dios.

Teopneustia afirmada, no explicada. Mientras tanto, es importante para nosotros decir, y es importante que se entienda, que esta operación milagrosa del Espíritu Santo no tenía por objeto a los escritores sagrados mismos —pues éstos eran sólo sus instrumentos y pronto desaparecerían— sino que sus objetos eran *los libros sagrados mismos*, que estaban destinados a revelar los consejos de Dios a la Iglesia, de edad en edad, y que nunca desaparecerían.

El poder que se infundió entonces, sobre aquellos hombres de Dios y del cual, ellos mismos percibieron sólo en grados muy diferentes, no se nos ha definido con precisión. Nada nos permite explicarlo. La Escritura nunca ha presentado ni su modo ni su medida como un objeto de estudio. Lo que ofrece a nuestra fe es, únicamente, la inspiración de lo que dicen —la divinidad del libro que han escrito—. En este sentido, no reconoce ninguna diferencia entre ellos. Lo que dicen, nos dice, es *teopnéustico* —su libro viene de Dios—. Ya sea que reciten los misterios de un pasado más antiguo que la creación, los de un futuro más remoto que la venida del Hijo del hombre, los consejos eternos del Altísimo, los secretos del corazón del hombre o las cosas profundas de Dios; ya sea que describan sus propias emociones, relaten lo que recuerdan, repitan narraciones contemporáneas, copien genealogías o hagan extractos de documentos no inspirados, su escritura es inspirada, sus narraciones son dirigidas desde arriba. Siempre es Dios Quien habla, Quien relata, Quien ordena o revela por su boca y Quien emplea para ello, su personalidad en diferentes medidas porque el Espíritu de Dios ha estado sobre ellos, está escrito, y su palabra ha estado en su lengua (*Ver 2 S. 23:2*). Y aunque sea siempre palabra de hombre, puesto que son siempre hombres quienes la pronuncian, es siempre, también, la Palabra de Dios, puesto que es Dios Quien los supervisa, emplea y guía. Ellos entregan sus narraciones, sus doctrinas o sus mandamientos, “no con palabras

⁷ El don de la Escritura a través de sus autores humanos, tuvo lugar mediante un proceso mucho más íntimo de lo que puede expresarse con el término *dictado*... Tuvo lugar en un proceso en el que el control del Espíritu Santo fue demasiado completo y penetrante como para permitir que las cualidades humanas de los autores secundarios condicionaran en modo alguno, la pureza del producto como Palabra de Dios. En otras palabras, las Escrituras son concebidas por los escritores del Nuevo Testamento, de principio a fin, como el libro de Dios, en cada parte como expresión de su Mente, dado a través de los hombres de una manera que no hace violencia a su naturaleza como hombres y constituye el libro también de los hombres, así como de Dios, en cada parte como expresión de la mente de sus autores humanos (B. B. Warfield, *Revelación e inspiración [Revelation and Inspiration]*, 99).

enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Co. 2:13) y así es como Dios mismo, no sólo ha puesto su sello a todos estos hechos y se ha constituido el autor de todos estos mandamientos y revelador de todas estas verdades, sino que, además, Él ha hecho que sean dadas a su Iglesia en el orden, en la medida y en los términos que ha considerado más adecuados a su celestial propósito.

Si se nos preguntara entonces, cómo se ha llevado a cabo esta obra de inspiración divina en los hombres de Dios, responderíamos que no lo sabemos, que [no se requiere de] nosotros que lo sepamos y que es en la misma ignorancia y con una fe del mismo tipo que recibimos la doctrina del nuevo nacimiento y la santificación de un alma por el Espíritu Santo⁸. Creemos que el Espíritu ilumina esa alma, la limpia, la eleva, la conforta, la suaviza. Percibimos todos estos efectos; admiramos y adoramos la causa; pero hemos descubierto que es nuestro deber contentarnos con no saber nunca cómo se hace esto. Sea lo mismo entonces, con respecto a la inspiración divina.

Y si, además, fuéramos llamados a decir al menos, lo que los hombres de Dios experimentaron en sus órganos corporales, en su voluntad o en su entendimiento, mientras se dedicaban a trazar las páginas del libro sagrado, deberíamos responder que no todos sintieron los poderes de la inspiración en el mismo grado y que sus experiencias no fueron, en absoluto, uniformes. Pero podríamos añadir que el conocimiento de tal hecho afecta muy poco a los intereses de nuestra fe, dado que, en lo que respecta a esa fe, tenemos que ver con el libro y no con el hombre. Es el libro el que está inspirado y totalmente inspirado: Estar seguros de esto, debería dejarnos satisfechos.

Teopneustia: Su existencia, universalidad y plenitud⁹ afirmadas... Nuestro propósito entonces... es probar la existencia, la universalidad y la plenitud de la inspiración divina de la Biblia.

Primero, nos interesa saber si ha habido una inspiración divina y milagrosa de las Escrituras. Nosotros decimos que sí la hay. *Luego*, debemos saber si las partes de la Escritura que son divinamente inspiradas lo son, igual y completamente; o, en otros términos, si Dios ha dispuesto, de una manera cierta, aunque misteriosa, que las palabras mismas de su

⁸ La [inspiración] es la operación del Espíritu Santo sobre la mente humana con el propósito de transmitir la verdad religiosa a la humanidad. Tiene, por lo tanto, cierta semejanza con la regeneración, en el hecho de tener un autor y una fuente divinos. Pero difiere de ella en que el objetivo no es impartir santidad, sino información... Cuando el Espíritu Santo inspira a una persona, no necesariamente la santifica; sólo la instruye y transmite la verdad por medio de ella (W. G. T. Shedd, Teología dogmática [*Dogmatic Theology*], Vol. 1, 85).

⁹ **Plenitud** – Totalidad, completitud.

santo Libro, sean siempre lo que deben ser y que no contenga error alguno. También afirmamos que esto es así. *Finalmente*, debemos saber si lo inspirado por Dios en las Escrituras, es una *parte* de las Escrituras o es la *totalidad* de las Escrituras. Decimos que es la totalidad de la Escritura —tanto los libros históricos como las profecías; tanto los Evangelios como el Cantar de los Cantares; tanto los Evangelios de Marcos y Lucas como los de Juan y Mateo; tanto la historia del naufragio de san Pablo en las aguas del Adriático, así como la del naufragio del viejo mundo en las aguas del diluvio; las escenas de Mamre bajo las tiendas de Abraham, así como las del día de Cristo en los tabernáculos eternos; las oraciones proféticas en las que el Mesías, mil años antes de su primer advenimiento, clama en los Salmos: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?... Horadaron mis manos y mis pies... ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (Sal 22:1, 16-18), así como las narraciones que de ellas hacen san Juan, san Marcos, san Lucas o san Mateo—.

En otras palabras, ha sido nuestro objetivo, establecer por la Palabra de Dios que la Escritura es de Dios, que la Escritura procede de Dios y que la Escritura proviene, enteramente, de Dios¹⁰. Mientras tanto, sin embargo, debemos hacernos entender claramente. Al sostener que toda la Escritura es de Dios, estamos muy lejos de pensar que el hombre [no tiene parte] en ella... ¡Allí, todas las palabras son del hombre, como allí, también, todas las palabras son de Dios! En cierto sentido, la Epístola a los Romanos es en su totalidad, una carta de Pablo y, en un sentido aún más elevado, la Epístola a los Romanos es en su totalidad, una carta de Dios... Al hacer que sus libros fueran escritos por hombres inspirados, el Espíritu Santo ha empleado casi siempre, más o menos, la instrumentalidad de su entendimiento, su voluntad, su memoria y todas las facultades de su personalidad... Y es así como Dios, Quien quiso dar a conocer los principios espirituales de la filosofía divina a sus elegidos en un libro que debía durar para siempre, hizo que sus páginas fuesen escritas, a lo largo de mil seiscientos años, por sacerdotes, por reyes, por guerreros, por pastores, por publicanos, por pescadores, por escribas, por fabricantes de tiendas, asociando a ello sus afectos y sus facultades... según lo juzgó conveniente.

Tal es pues, el libro de Dios. Su primera línea, su última línea, todas sus enseñanzas, entendidas o no entendidas, son del mismo Autor; y eso debería ser suficiente para nosotros. Quienes hayan sido los escritores —cualesquiera que hayan sido sus circunstancias, sus impresiones, su

¹⁰ **Nota del editor** – Ésta es la doctrina de la *inspiración plenaria* (completa), lo que significa que la Biblia es inspirada por Dios e infalible, en todas sus partes.

comprensión del libro y la medida de su individualidad en esta poderosa y misteriosa operación— todos ellos han escrito fielmente en el mismo rollo, bajo la supervisión y la guía del mismo Maestro, para Quien mil años son como un día; y el resultado ha sido la Biblia.

Por lo tanto, no perderé el tiempo en preguntas ociosas; *yo estudiaré el libro*. Es la palabra de Moisés, la palabra de Amós, la palabra de Juan, la palabra de Pablo; pero aun así, los pensamientos expresados son los pensamientos de Dios y las palabras son las palabras de Dios. “Que por boca de David tu siervo dijiste” (Hch. 4:25)... “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí”, dijo él, “y su palabra ha estado en mi lengua” (2 S. 23:2).

Por tanto, en nuestra opinión, sería un lenguaje muy erróneo decir [que] ciertos pasajes de la Biblia son del hombre y ciertos pasajes de la Biblia son de Dios. No, cada versículo sin excepción, es del hombre y cada versículo sin excepción, es de Dios, ya sea que lo encontremos hablando allí directamente en su propio nombre o que emplee toda la personalidad del escritor sagrado... De hecho, sucede con la inspiración divina como con la gracia eficaz¹¹. En las operaciones del Espíritu Santo al hacer que se escriban los libros sagrados y en las del mismo agente divino al convertir un alma y hacerla avanzar por los caminos de la santificación, el hombre es, en diferentes aspectos, enteramente activo y enteramente pasivo. Dios lo hace todo allí; el hombre lo hace todo allí. Y de ambas obras puede decirse lo que san Pablo dijo de una de ellas a los Filipenses: “Dios es el que produce así el querer como el hacer” (Fil. 2:13). Así, verás que, en las Escrituras, las mismas operaciones se atribuyen alternativamente a Dios y al hombre. Dios convierte y es el hombre el que se convierte. Dios circuncida el corazón, Dios da un corazón nuevo; y es el hombre el que debe circuncidar su corazón y hacerse un corazón nuevo...

Tal es pues, la Palabra de Dios. Es Dios hablando en el hombre, Dios hablando por el hombre, Dios hablando como hombre, Dios hablando para el hombre... Ahora, ¿cómo establecerá el hombre esta doctrina? Por las Escrituras y sólo por las Escrituras.

Tomado de *Teopneustia, la Biblia: Su origen e inspiración divinos* (*Theopneustia, The Bible: Its Divine Origin and Inspiration*), de dominio público.

François Samuel Robert Louis Gaussen (1790-1863): Pastor y teólogo protestante suizo; nacido en Ginebra, Suiza.



¹¹ **Eficaz** – Que tiene el poder de producir un efecto deseado; efectivo.

INSPIRACIÓN VERBAL

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

CUANDO decimos que la Biblia es divinamente inspirada, ¿qué queremos decir exactamente? Empecemos de nuevo con una negativa. No queremos significar que ciertas porciones de la Biblia sean inspiradas y otras no. Hay algunas personas que piensan así. Hay, dicen ellos, porciones y declaraciones y enseñanzas particulares, especialmente aquellas relacionadas con el Señor Jesucristo, que son inspiradas. Pero dicen ellos que los libros históricos y otras secciones no son inspirados. Ahora, esto no es lo que queremos significar cuando decimos que la Biblia es divinamente inspirada.

Tampoco queremos significar, simplemente, que los hombres que escribieron, lo hicieran de una manera exaltada o creativa. Cuando un poeta ha producido una obra maestra, a menudo has oído decir que el poeta estaba “inspirado”. Pero no queremos significar que los escritores de los libros de la Biblia fueron inspirados de esa manera cuando estaban escribiendo estos libros. Otros dicen que consideran que la inspiración sólo significa que las ideas que se les dieron a los escritores fueron inspiradas. Eso es cierto, por supuesto, pero queremos significar que es mucho más que eso. Tampoco significa que los libros —los escritos como tales— sean producto de un origen humano al que ha llegado el aliento o *aflato*¹ divino.

Entonces, ¿qué queremos significar? Queremos significar que las Escrituras son un producto divino exhalado por Dios. Inspirado significa, realmente, “exhalado por Dios”. Queremos significar que Dios exhaló estos mensajes en los hombres y a través de ellos, y estas Escrituras son el resultado de esa acción divina. Creemos que fueron producidas por el aliento creador del Dios todopoderoso. Dicho de una forma más sencilla, queremos significar que todo lo que tenemos aquí, ha sido dado por Dios al hombre. Y, por supuesto, esto conlleva obviamente, la idea de que esto es cierto para cada palabra en concreto. Trataré pues, de demostrarles que la Biblia reivindica para sí misma lo que se llama *inspiración verbal*. No es meramente que los pensamientos sean inspirados, no meramente las ideas, sino el registro real, hasta las palabras concretas. No es meramente que las declaraciones sean correctas, sino que cada palabra es divinamente inspirada.

Ahora, podríamos dedicar tiempo a discutir las diversas teorías sobre

¹ **Aflato** – Inspiración, soplo, viento.

la inspiración de nuevo, pero me interesa más exponer lo que dice la propia Escritura —que reclama esta inspiración verbal—. Sin embargo, debemos dejar claro que cuando decimos que la Biblia está inspirada verbalmente por Dios de esta manera, no estamos enseñando una especie de dictado mecánico. No queremos significar que los escritores se sentaron, por así decirlo, como lo hace un taquígrafo², y que Dios les dictó todas las palabras. La diferencia de estilo entre los escritores demuestra que no es así. Se nota que cada uno parece tener su propia idiosincrasia y costumbres, su propio estilo individual. Se nota enseguida que algo ha sido escrito por Pablo y no por Pedro o Juan.

Mas aún, si lees la introducción al Evangelio de Lucas, verás que Lucas dice que él mismo había leído otros registros para examinar ciertos informes. Y lo mismo sucede, a menudo, en el Antiguo Testamento. Así pues, toda nuestra concepción de la inspiración debe tener en cuenta, no sólo al escritor individual y sus características, sino también, su investigación y su consulta de otras autoridades. ¿Qué significa entonces, inspiración?...

La inspiración verbal significa que el Espíritu Santo así ha gobernado, controlado y guiado a estos hombres, incluso, en la elección de palabras concretas, de tal manera que se evita cualquier error y sobre todo, para producir el resultado que fue, originalmente, la intención de Dios.

¿Cómo entonces, afirma esto la Biblia? Sugiero que los siguientes encabezados les serán de alguna ayuda. Por cierto, intento lo imposible al tratar de abarcarlo todo tan brevemente; es un tema sobre el que se han escrito grandes libros. Yo, sencillamente, estoy tratando de darles un esquema mediante el cual puedan resolverlo por sí mismos en su estudio de las Escrituras. Si quieren un libro muy grande y erudito sobre el tema, éste se titula *La inspiración y autoridad de la Biblia*, por el dr. B. B. Warfield. Aquellos de ustedes a quienes les gusta estudiar una obra maestra sobre cualquier tema, harán bien en conseguir una copia de ese libro. Y hay muchos otros libros sobre este tema que pueden consultar por sí mismos.

Mi primer encabezado es el siguiente: *La Biblia hace afirmaciones específicas en este asunto de la inspiración*. Tomemos, por ejemplo, ciertos términos que la Biblia usa de sí misma como el término *Escritura*. Eso designa “escritos sagrados”, no escritos ordinarios, especialmente —escritos sagrados—.

A continuación, tomemos la descripción que hace de sí misma como *Palabra de Dios*. ¡Cuántas veces encontramos que la Biblia usa ese término para referirse a sí misma! ¡Ahora, he aquí un hecho

² **Taquígrafo** – Persona que transcribe lo que dice alguien por medio de ciertos signos y abreviaturas.

sorprendente e interesante —y alguien se ha tomado la molestia de contar todo esto— las palabras “Jehová dijo”, “Jehová habló”, “vino la palabra de Jehová” y expresiones afines, se utilizan, aproximadamente, 3.808 veces, sólo en el Antiguo Testamento!

Pero pasemos a algunas afirmaciones más específicas. Tomemos de nuevo esa gran profecía que es muy crucial en este asunto, dicha por Moisés y registrada en Deuteronomio 18:18. Estas son las palabras: “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare”. No sólo es una profecía de la venida de nuestro Señor, sino que también nos dice mucho sobre el propio Moisés y su propio ministerio. Luego, por supuesto, de todos los profetas del Antiguo Testamento se hace esta afirmación. No dicen que, de repente, decidieron escribir; dicen: “Vino la palabra de Jehová...” (Ver, por ejemplo, Ezequiel 1:3; Oseas 1:1; Jonás 1:1) y dicen, exactamente, cuándo vino. Fueron llamados, fueron comisionados y la palabra les fue dada. Por lo tanto, constantemente, están diciendo algo como esto: “Así dice el SEÑOR”. Esa es su afirmación.

Otro hecho interesante y un argumento muy valioso, es que algunos de estos profetas, nos dicen con toda honestidad que, a veces, se resistían a hablar. Jeremías, a menudo, no quería hablar, pero se vio obligado (Jer. 1:6-7). La propia renuencia se ve en la forma en que niega su propia autoría, pero la “carga” llegó. Dios se la impuso y él, sencillamente, entregó lo que Dios le había dado.

Otro hecho importante es que encontrarás al profeta diciendo que no entiende ni siquiera lo que él mismo está escribiendo. Tomemos la declaración de Daniel 12:8 donde Daniel dice: “Y yo oí, más no entendí”. Encontrarás a Pedro diciendo lo mismo: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A estos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 P. 1:10-12).

Luego, el apóstol Pablo hace una declaración crucial. Dice: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana...”. Se refiere, como ven, no sólo al tema, no sólo a la doctrina, sino a la forma en la que habla. Las palabras con que habla, dice él, no son según hombre, “sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Co. 2:13). Todo ese capítulo es muy importante a este respecto.

Luego, está esa interesante y para mí siempre muy fascinante declaración que encontrarán en 2 Pedro 3:15-16, donde Pedro, refiriéndose a “nuestro amado hermano Pablo”, dice esto: “...como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen” —nota— “como también las otras Escrituras, para su propia perdición”. Al usar esa frase, “las otras Escrituras”, el apóstol Pedro equipara las epístolas de Pablo con las Escrituras del Antiguo Testamento y las pone sobre la misma base.

Luego, está esa importante declaración en Efesios 2 donde Pablo dice que los cristianos están “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (v. 20). Entonces, tú y yo estamos edificados sobre ese fundamento. No consideramos con autoridad nada que se haya dicho después del canon del Nuevo Testamento. He aquí nuestro fundamento y no aceptamos ninguna enseñanza de ninguna iglesia o de ninguna tradición como divinamente inspirada. Ésta es la base y la Iglesia debe edificarse sobre esta enseñanza a causa de su autoridad única.

Ahora, esto me lleva a lo que yo llamaría los pasajes cruciales. El primero se encuentra en la segunda epístola a Timoteo. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17). Así dice la *Versión Autorizada*³, pero la *Versión Revisada*⁴ es diferente; dice: “Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar...”. Éste es un asunto muy serio porque no hay duda de que, en este punto, la *Versión Revisada*, no sólo está equivocada, sino que está, trágica y lamentablemente, equivocada. Sugiere, de inmediato, que hay Escrituras que no son de inspiración divina. La *Versión Autorizada*, sin embargo, es bastante clara al respecto: “Toda la Escritura es inspirada por Dios”.

Entonces, ¿qué se puede decir en este punto? Pues bien, la *Versión Revisada* hace al apóstol Pablo culpable de lo que se llama tautología, decir lo mismo dos veces, explayándose⁵ sobre lo obvio. Traducirlo “toda Escritura [cualquier Escritura] inspirada por Dios es también provechosa”, hace la cosa ridícula porque toda Escritura inspirada por Dios es, necesariamente, provechosa y no hay necesidad de decirlo. Pero la *Versión*

³ *Versión Autorizada* – *Authorized Version*; *King James Version* publicada en 1611.

⁴ *Versión Revisada* – *Revised Version*; corresponde a la siguiente familia de versiones: *Revised Version* del año 1885; *American Standard Version* del año 1901 y *Revised Standard Version* del año 1952. El autor se está refiriendo a la *Revised Version* de 1885.

⁵ *Explayándose* – Hablando extensamente.

Autorizada, noten, no dice eso. Dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil...”; esa es una manera muy diferente de decirlo⁶.

Una vez más, la *Versión Revisada*, por supuesto, simplemente contradice lo que la Escritura dice sobre sí misma. La Biblia no distingue entre partes y porciones; no dice que ciertas Escrituras sean de inspiración divina y otras no: “Toda la Escritura es inspirada por Dios”. Además, la *Versión Revisada*, cuando introduce esa palabra *también*, está haciendo algo que no hace en ninguna otra parte. Las autoridades pueden condenar muy fácilmente a estos traductores de ser incoherentes consigo mismos. Por ejemplo, en Hebreos 4:13, se encuentra esta declaración: “...todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”. Ahora, para ser consistentes con ellos mismos, los traductores de la *Versión Revisada* deberían haber traducido eso así: “Todas las cosas desnudas son también abiertas a los ojos de él...”. Pero no lo hicieron allí y así, no han llevado a cabo su propio principio porque vieron que era, obviamente, ridículo; si todo está “desnudo”, debe estar “abierto”.

Se podrían poner varios ejemplos más de lo mismo, pero debemos seguir adelante. Sin embargo, debemos recordar que ciertos miembros importantes del comité que elaboró la *Versión Revisada*, como el arzobispo Trench y el obispo Wordsworth, entre otros, protestaron enérgicamente en su momento. El dr. Tregelles, quien fue uno de los mayores estudiosos de la Biblia del siglo pasado, hizo una protesta similar, como lo han hecho otras autoridades. Por lo tanto, cuando estemos tratando con ese versículo, recordemos siempre que debemos adherirnos, resueltamente, a la *Versión Autorizada* y la declaración allí es tan definitiva como ésta: “Toda la Escritura es inspirada por Dios”. No hay excepción.

Tomado de La autoridad de la Biblia en Dios Padre, Dios Hijo (*The Authority of the Bible in God the Father, God the Son*) Wheaton, IL: Crossway Books, 1996, 22-33. Distribuido en Estados Unidos con permiso de Crossway Books. Distribuido en el mundo con permiso de Hodder & Stoughton, London, England.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Predicador expositivo y autor galés; nacido en Cardiff, Gales, Reino Unido.



⁶ George W. Knight, III, argumenta, “toda la escritura es inspirada por Dios: Si ésta es una forma verbal pasiva, indica que la fuente de la Escritura es el aliento de Dios, es decir, que la Escritura misma es el resultado de esa acción... Pablo parece estar diciendo, por lo tanto, que toda la Escritura tiene como fuente el aliento de Dios y que ésta es su característica esencial. Es otra forma de decir que la Escritura es la palabra de Dios” (George W. Knight, III, Las epístolas pastorales [*The Pastoral Epistles*], 446).

EL CANON¹ DE LAS ESCRITURAS

Thomas Boston (1676-1732)

LAS Escrituras del Antiguo Testamento son las que comienzan con el Génesis y terminan con Malaquías. Las Escrituras del Nuevo Testamento son las que comienzan con Mateo y terminan con el Apocalipsis. Y es digno de nuestra especial observación que el Antiguo Testamento y el Nuevo, como los querubines en el lugar santísimo, extienden sus alas tocándose mutuamente: El Antiguo Testamento termina con la profecía del envío de Cristo y Juan el Bautista [en] Malaquías 4, y el Nuevo, comienza con la historia de la venida de estos dos.

Los hebreos dividieron los libros del Antiguo Testamento en tres: La Ley, los Profetas y [los Escritos]². La Ley contiene los cinco libros de Moisés; los Profetas se dividen en dos —los primeros y los últimos—. Los primeros son los libros históricos del Antiguo Testamento: Josué, Jueces, Rut, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes; y se llamaban así porque relataban cosas ya hechas. Los últimos, relatan cosas anteriores a su realización y son de dos clases: Los *mayores*, que son tres, Isaías, Jeremías y Ezequiel; los *menores*, doce, es decir, Oseas, Joel, etc. Los libros de los Escritos, se llamaron así porque los escribieron quienes tenían el don del Espíritu Santo, como dicen los hebreos, pero no de profecía. Y de esa clase son Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cánticos³, 2 libros de Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester y Daniel. Los hebreos atribuyen esta división de ellos a Esdras y parece que nuestro Señor Jesucristo reconoció lo mismo, mientras les dice a sus discípulos [en] Lucas 24:44 acerca de los escritos de Moisés, los Profetas y los Salmos.

Los libros del Nuevo Testamento se dividen en tres clases: Históricos (los Cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles), las Epístolas y el Apocalipsis, el cual es profético.

Diferentes autores⁴ escribieron los libros de ambos Testamentos. En cuanto al Antiguo Testamento, Moisés escribió el Pentateuco; sólo algunos versículos al final del Deuteronomio, donde se registra la muerte de

¹ **Canon** – Lista de todos los libros que pertenecen a la Biblia; del griego κανών (*kanōn*) = “Caña; vara de medir; patrón de medida”.

² **Ley... Escritos** – Las divisiones hebreas son la Torá (Ley), los Nevi'im (Profetas) y los Ketuvim (Escritos), a menudo, denominadas *Tanaj*, por las primeras letras de estas divisiones.

³ **Cánticos** – Cantar de los Cantares; del latín *canticulum* = Pequeño canto o himno.

⁴ **Nota del editor** – Cuando la propia Escritura no identifica al autor de un libro, no se puede ser dogmático. La identificación de Boston respecto a tales libros surge, principalmente, de la tradición judía.

Moisés, no pudieron ser escritos por él, sino que se dice que fueron escritos por Josué, [quien] también escribió el libro que lleva su nombre o, según la opinión de algunos, fue escrito por Eleazar, hijo de Aarón. Se supone que Samuel escribió el libro de los Jueces y, al parecer, la última parte del libro de Josué, la cual contiene el relato de la muerte de Josué y Eleazar. Algunos piensan que [cada uno de] los Jueces escribió la historia de [su] propio tiempo y que Samuel, finalmente, los puso todos en un volumen. El libro de Rut también fue escrito por él, según cuentan los hebreos. También escribió el primer libro que lleva su nombre hasta el capítulo 25, donde se narra su muerte. El resto de los capítulos de ese libro y todo el segundo libro se dice que fueron escritos por David⁵. Los libros de los Reyes se supone que fueron escritos por David y Salomón⁶, y otros profetas que vivieron en esos tiempos, de modo que cada uno de ellos escribió lo que se hizo en su época. Se supone que Job escribió el libro que lleva su nombre. David escribió los Salmos, pero no todos: Los que no son suyos, llevan el nombre del autor antepuesto, como Asaf, Hemán, etc.⁷. Y todos fueron recopilados por Esdras en un volumen. Se dice que Esdras escribió los libros de Crónicas, Esdras y Nehemías; Mardoqueo, el de Ester; y Salomón, los Proverbios, el Eclesiastés y los Cánticos. Isaías, Jeremías y los demás profetas, escribieron cada uno sus propias profecías, las cuales contienen un breve resumen de sus sermones.

En cuanto a los libros del Nuevo Testamento, sin controversia, los evangelistas escribieron los Evangelios, según los nombres que llevan antepuestos. Lucas escribió los Hechos de los Apóstoles; y los libros restantes, las Epístolas y el Apocalipsis, fueron escritos por aquellos cuyos nombres llevan. Sólo en cuanto a la Epístola a los Hebreos, ha habido alguna duda, pues algunos la atribuyen a Lucas, otros a Bernabé, otros a Apolos y otros a Clemente. Pero muchos hombres doctos⁸ han dado buenas razones para probar que fue escrita por el apóstol Pablo.

Pero el autor principal es el Espíritu Santo, de donde⁹ la Escritura se llama Palabra de Dios. Los escritores no fueron sino instrumentos en la mano de Dios para escribirla. Fue el Espíritu quien se las dictó, quien inspiró a los escritores y los guio. Pero la inspiración no fue la misma en todos los puntos para todos los escritores: Algunas cosas eran antes totalmente desconocidas para el escritor como la historia de la creación del mundo para Moisés; la predicción de acontecimientos futuros con

⁵ **Nota del editor** – Algunos lo atribuyen a Samuel, Natán y Gad.

⁶ **Nota del editor** – Algunos sugieren Jeremías.

⁷ **Nota del editor** – Algunos incluyen a Etán, los hijos de Coré, Salomón y otros.

⁸ **Nota del editor** – Por ejemplo, John Owen (1616-1683).

⁹ **De dónde** – Por lo cual.

respecto a los profetas que, por lo tanto, el Espíritu les reveló [directamente]. Otras cosas eran conocidas de antemano por los escritores como la historia de Cristo a los cuatro evangelistas¹⁰, etc. Con respecto a esto, no hubo necesidad de una nueva revelación, sino una irradiación¹¹ divina de la mente del escritor, dándole una certeza divina de las cosas que escribió. Por esta inspiración, todos ellos fueron guiados infaliblemente, de modo [que] quedaron fuera de toda posibilidad de errar. Y esta inspiración se extendió, no sólo a las cosas mismas expresadas, sino también a las palabras con que fueron expresadas, aunque de acuerdo con el estilo natural y la manera de cada escritor (2 P. 1:21; Sal. 45:1). Por eso, la Escritura se atribuye al Espíritu Santo, sin hacer mención alguna de los escritores (He. 10:15).

Pregunta: Pero, ¿qué opinión debemos formarnos de los libros llamados *apócrifos* y por qué se llaman así? **Respuesta:** Estos libros que se encuentran colocados en algunas Biblias entre Malaquías y Mateo, se llaman *Apócrifos*. [Ésta] es una palabra griega que significa *oculto o escondido*. Las razones de este nombre se dan así: (1) Porque la Iglesia no reconoció que fueran de inspiración divina. (2) Porque se ocultaron los nombres de los autores. (3) Porque contienen algunas cosas desconocidas para Moisés, los profetas y los apóstoles. (4) Porque, por las razones [antes mencionadas], fueron juzgados indignos de ser leídos públicamente en la Iglesia. Con respecto a estos libros, creemos que no son de inspiración divina y, por lo tanto, no forman parte del canon de las Escrituras; es decir, no deben ser admitidos como parte alguna de la regla de fe y práctica. Por lo tanto, no tienen autoridad en la Iglesia de Dios para determinar controversias religiosas. Aunque puedan ser útiles como otros escritos humanos, no deben ser utilizados ni aprobados de otro modo. Las razones son,...

1. La Iglesia de los judíos no los reconoció como canónicos. El Apóstol nos dice: “La palabra de Dios” —bajo la dispensación del Antiguo Testamento— “les ha sido confiada” (Ro. 3:2) [a ellos]. Incluso, prohibían a sus hijos leerlos hasta que llegaran a la edad madura.

2. No se escribieron en lengua hebrea, sino en griego. Y sus autores [vinieron después] de Malaquías, quien fue el último de los profetas: Según el dicho de los hebreos, el Espíritu Santo subió de Israel después de la muerte de Ageo, Zacarías y Malaquías. Y 1 Macabeos 4:46 muestra, claramente, que no había ningún profeta entre ellos para mostrarles lo que debían hacer con las piedras del altar contaminado. Y puede parecer, claramente, a cualquier persona imparcial que, la interposición de

¹⁰ **Evangelistas** – Autores de los Evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan—.

¹¹ **Irradiación** – Iluminación de la mente con luz espiritual.

estos libros entre Malaquías y Mateo, corta la hermosa conexión entre el final del Antiguo Testamento y el comienzo del Nuevo, y cómo la profecía de Malaquías está designada por Dios para cerrar las Escrituras del Antiguo Testamento, en cuanto profetiza, más claramente, de la venida de Cristo y Juan el Bautista, su precursor, con el cumplimiento con el cual Mateo comienza su evangelio como observé antes.

3. La Iglesia primitiva durante los primeros cuatro siglos, no recibió estos libros. Y cuando llegaron a ser leídos, el lector se encontraba en un lugar inferior. Entonces [eran] leídos como libros provechosos, aunque no de autoridad divina.

4. No son citados en ninguna parte por Cristo y sus apóstoles. Sí, Él los rechazó [claramente], [cuando] dividió las Escrituras en Moisés, los Profetas y los Salmos (Lc. 24:44). Y mientras que el Apóstol nos dice que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21), los autores de estos libros no pretendían tal cosa...

Por último, no concuerdan ni con ellos mismos ni con las Sagradas Escrituras. [Esto] puede aparecer con claridad, a aquellos que las consideren diligentemente. 1 Macabeos 6:16, comparado con el versículo 4, [dice] que Antíoco murió en Babilonia. Sin embargo, 2 Macabeos 1:13-16 [dice] que cuando llegó a Persia, fue asesinado en el templo de Nanea, con quien pretendía casarse y recibir dinero por concepto de la dote por parte de sus sacerdotes. Sí, 2 Macabeos 9:28 [dice que] murió en un país extraño en las montañas. El libro de Tobit está lleno de historias absurdas: hace que el ángel Rafael diga una mentira y enseñe al hijo de Tobit un arte diabólico para ahuyentar al diablo con el corazón y el hígado de un pez; y cuando el espíritu maligno percibió el olor, huyó a las partes más remotas de Egipto, etc.,... Estas cosas muestran, plenamente, que estos libros no provienen del Espíritu de Dios.

Tomado de La autoridad divina de las Escrituras (*The Divine Authority of the Scriptures*) en Las obras completas de Thomas Boston (*The Whole Works of Thomas Boston*), Vol. 1, 19-37, de dominio público.

Thomas Boston (1676-1732): Ministro y teólogo presbiteriano escocés; nacido en Duns, Berwickshire, Reino Unido.



¡Oh, que descienda sobre nosotros el poder del Espíritu de verdad y de gracia, y los rayos del Sol de justicia irruman en nuestras mentes, mientras contemplamos las intrínsecas glorias de la Biblia! — *Octavius Winslow*

INFALIBILIDAD Y AUTORIDAD

Charles Hodge (1797-1878)

LA infalibilidad y la autoridad divina de las Escrituras se deben al hecho de que son la Palabra de Dios; y son la Palabra de Dios porque fueron dadas por inspiración del Espíritu Santo... Está probado que los hombres inspirados fueron instrumentos¹ de Dios, en tal sentido, que sus palabras deben ser recibidas, no como palabra de hombre, sino según es verdad, la palabra de Dios (1 Ts. 2:13),...

1. Del significado y uso de la palabra. Se admite, por supuesto, que las palabras deben entenderse en su sentido histórico. Si se puede demostrar qué idea tenían los hombres que vivían en la época apostólica de la palabra *teopneustos* y sus equivalentes, esa es la idea que los apóstoles pretendían expresar con ellas. Todas las naciones han tenido la creencia, no sólo de que Dios tiene acceso a la mente humana y puede controlar sus operaciones, sino que, a veces, tomó tal posesión de personas [específicas] como para hacerlas instrumentos de sus comunicaciones... De acuerdo con toda la tradición, un hombre inspirado era el instrumento de Dios en lo que decía, de modo que sus palabras eran las palabras del dios del cual él era el instrumento. Por lo tanto, cuando los escritores sagrados usan las mismas palabras y formas de expresión que los antiguos usaban para transmitir esa idea, debe suponerse con toda honestidad que quieren significar lo mismo.

2. Que ésta es la idea bíblica de la inspiración, se demuestra, además, por el significado de la palabra *profeta*. Los escritores sagrados dividen las Escrituras en “la ley y los profetas”. Como la ley fue escrita por Moisés, y como Moisés fue el mayor de los profetas, se deduce que todo el Antiguo Testamento fue escrito por profetas. Por lo tanto, si podemos determinar la idea escritural de un profeta, determinaremos así, el carácter de sus escritos y la autoridad que se les debe. Un profeta entonces, en el sentido escritural del término, es un portavoz, alguien que habla por otro en su nombre y por su autoridad, de modo que no es el portavoz, sino la persona por la que actúa, quien es el responsable de la verdad de lo que se dice. En Éxodo 7:1, se dice: “Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta”, es decir, tu portavoz. Esto se explica por lo que se dice en Éxodo 4:14-16: “¿No conozco yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien?... Tú hablarás a él, y pondrás en su boca las

¹ **Instrumentos** – La palabra original del autor aquí era *órganos*. Para dar mayor claridad, se ha sustituido por la palabra *instrumento* (singular y plural) en todo el artículo.

palabras, y yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que hayáis de hacer. Y él hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios” (*Ver Jer. 36:17-18*). Esto determina, definitivamente, lo que es un profeta. Es la boca de Dios, aquel a través del cual Dios habla al pueblo, de modo que lo que dice el profeta, lo dice Dios. Por eso, cuando se consagraba a un profeta, se decía: “He aquí, he puesto mis palabras en tu boca” (*Jer. 1:9; Is. 51:16*).

Este concepto bíblico de lo que es un profeta, se desprende, además, de las fórmulas constantemente recurrentes que se refieren a sus deberes y a su misión. Era el mensajero de Dios; hablaba en nombre de Dios; las palabras “así dice el Señor” estaban, continuamente, en su boca. Se dice que “la palabra del Señor” vino a este profeta y sobre aquel; “el Espíritu vino sobre él”, “el poder” o “la mano” de Dios estaba sobre él, todo lo cual implica que el profeta era el instrumento de Dios, que lo que decía, lo decía en nombre de Dios y por su Autoridad... Esto es, precisamente, lo que enseña el apóstol Pedro cuando dice: “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados² por el Espíritu Santo” (2 P. 1:20-21). La profecía, es decir, lo que hablaba un profeta, no era humana, sino divina. No era la propia interpretación del profeta de la mente y la voluntad de Dios. Él hablaba como el instrumento del Espíritu Santo.

3. Que todo lo que ellos dijeron se declara que lo dijo el Espíritu, es otra prueba decisiva de que los escritores sagrados fueron instrumentos de Dios en el sentido arriba indicado. Cristo mismo dijo que David por el Espíritu, llamó al Mesías “Señor” (*Mt. 22:43*). David, en el Salmo 95, dijo: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón” (*Sal. 95:7-8*); pero en *Hebreos 3:7*, el Apóstol dice que éstas fueron las palabras del Espíritu Santo. De nuevo, en *Hebreos 10:15-16*, el mismo Apóstol dice: “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor:...”, citando así, el lenguaje de *Jeremías 31:33* como el lenguaje del Espíritu Santo. En *Hechos 4:24-25*, los apóstoles reunidos dijeron “unánimes”: “Señor, tú eres Dios... Que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotan las gentes...?”. En *Hechos 28:25*, Pablo dijo a los judíos: “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres”. Es de esta manera que Cristo y sus apóstoles se refieren a las Escrituras, constantemente, mostrando más allá de toda duda que ellos creían y enseñaban que lo que los escritores sagrados decían, el Espíritu Santo lo decía.

² **Inspirados** – en el Griego (*φερόμενοι*) es *movidos*; arrastrado como un barco por el viento.

Inspiración de los escritores del Nuevo Testamento: Esta prueba se refiere especialmente, es verdad, sólo a los escritos del Antiguo Testamento. Pero ningún cristiano pone la inspiración del Antiguo Testamento por encima de la del Nuevo. La tendencia e, incluso, podríamos decir la evidencia, es directamente en sentido contrario. Si Dios dio las Escrituras de la antigua economía por inspiración, mucho más lo fueron los escritos que se redactaron bajo la dispensación del Espíritu. Además, la inspiración de los apóstoles está probada,...

(1) Por el hecho de que Cristo les prometió el Espíritu Santo, Quien les recordaría todas las cosas y los haría infalibles en la enseñanza. “No sois vosotros los que habláis”, dijo, “sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mt. 10:20). “El que a vosotros oye, a mí me oye” (Lc. 10:16). Les prohibió entrar en su oficio de maestros hasta que fueran investidos con poder de lo alto.

(2) Esta promesa fue cumplida el día de Pentecostés, cuando el Espíritu descendió sobre los apóstoles como un viento recio y ellos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar según el Espíritu les daba que hablasen (Hch. 2:2, 4)... A partir de este momento, fueron hombres nuevos con nuevos puntos de vista, con un nuevo espíritu, y con nuevo poder y autoridad. El cambio fue repentino. No fue un desarrollo. Fue algo totalmente sobrenatural como cuando Dios dijo: “Sea la luz; y fue la luz” (Gn. 1:3)...

(3) Después del día de Pentecostés, los apóstoles afirmaron ser los instrumentos infalibles de Dios en todas sus enseñanzas. Exigían a los hombres que recibieran lo que enseñaban, no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios (1 Ts. 2:13). Declaraban, como Pablo, que las cosas que escribían eran mandamientos del Señor (1 Co. 14:37). Hacían depender la salvación de los hombres de la fe en las doctrinas que enseñaban. Pablo declara *anatema*³ [sobre], incluso, un ángel del cielo que anunciare otro evangelio diferente del que él había enseñado (Gá. 1:8). Juan dice que cualquiera que no recibiera el testimonio que él daba acerca de Cristo, hacía a Dios mentiroso porque el testimonio de Juan era el testimonio de Dios (1 Jn. 5:10). “El que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye” (1 Jn. 4:6). Esta afirmación de infalibilidad, este reclamo de la autoridad divina de su enseñanza, es característica de toda la Biblia. Todos los escritores sagrados y en todas partes, niegan⁴ autoridad personal; nunca basan la obligación de la fe en sus enseñanzas, en su propio conocimiento o sabiduría. Nunca se basan en que la verdad de lo que enseñan sea

³ **Anatema** – Una maldición.

⁴ **Niegan** – Renuncian a; rechazan.

manifiesta a la razón o pueda probarse con argumentos. Hablan como mensajeros, como testigos, como instrumentos. Declaran que lo que dijeron lo dijo Dios y que, por lo tanto, por su Autoridad, debía ser recibido y obedecido... Ésta ha sido, desde el principio hasta el fin, la doctrina de la Iglesia, a pesar de la interminable diversidad de especulaciones, las cuales los teólogos se han permitido sobre el tema. Ésta es entonces, la base sobre la cual, los escritores sagrados apoyaron sus declaraciones. Eran meros instrumentos de Dios. Eran sus mensajeros. Los que los oían, oían a Dios; y los que se negaban a oírlos, se negaban a oír a Dios (Mt. 10:40; Jn. 13:20).

4. Esta declaración de infalibilidad por parte de los apóstoles fue debidamente autenticada —no sólo por la naturaleza de las verdades que comunicaron y por el poder que esas verdades han ejercido siempre sobre las mentes y los corazones de los hombres— sino también por el testimonio interno del Espíritu, del que habla san Juan cuando dice: “El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo” (1 Jn. 5:10); “la unción⁵ del Santo” (1 Jn. 2:20). Esto fue confirmado también por dones milagrosos. Tan pronto como los apóstoles fueron investidos con poder de lo alto, hablaron en “otras lenguas”; curaron a los enfermos, restauraron a los cojos y a los ciegos. “Testificando Dios juntamente con ellos” como dice el Apóstol, “con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (He. 2:4). Y Pablo dice a los corintios que las señales de un apóstol se habían obrado entre ellos “en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros” (2 Co. 12:12). El mero hecho de hacer milagros no era una evidencia de una comisión divina como maestro. Pero cuando un hombre afirma ser el instrumento de Dios, cuando dice que Dios habla a través de él, entonces su obra de milagros es el testimonio de Dios de la validez de sus afirmaciones. Y tal testimonio dio Dios de la infalibilidad de [la enseñanza] de los apóstoles.

Las consideraciones anteriores son suficientes para demostrar que, según las Escrituras, los hombres inspirados fueron los instrumentos o la boca de Dios, en el sentido de que lo que dijeron y enseñaron tiene la aprobación y la autoridad de Dios... Esta doctrina no implica nada fuera de la analogía⁶ con las operaciones ordinarias de Dios. Creemos que Él está presente en todas partes en el mundo material y controla las operaciones de las causas naturales. Sabemos que Él hace crecer la hierba y da la lluvia y las estaciones fructíferas. Creemos que ejerce un control semejante sobre las mentes de los hombres, dirigiéndolos como dirige los ríos de agua. Toda religión, natural y revelada, está fundada en la

⁵ **Unción** – Ungimiento, consagración.

⁶ **Analogía** – Similitud entre cosas que, de otro modo, no serían similares.

premisa de este gobierno providencial⁷ de Dios. Además de esto, creemos en las operaciones de gracia de su Espíritu por las cuales Él obra en los corazones de su pueblo, así el querer como el hacer (Fil. 2:13). Creemos que la fe, el arrepentimiento y una vida santa se deben a la influencia siempre presente del Espíritu Santo. Entonces, si este Dios obrador de maravillas opera en todas partes en la naturaleza y en la gracia, ¿por qué debería considerarse increíble que los hombres santos hablen como el Espíritu Santo los inspiró para que digan, exactamente, lo que Él quiere que digan, para que las palabras de ellos sean las palabras de Él?

Después de todo, Cristo es el gran objeto de la fe del cristiano. Creemos en Él y creemos todo lo demás en su Autoridad. Él nos entrega el Antiguo Testamento y nos dice que es la Palabra de Dios; que sus autores hablaron por el Espíritu; que la Escritura no puede ser quebrantada (Jn. 10:35). Y creemos en su testimonio. Su testimonio a sus apóstoles no es menos explícito, aunque dado de manera diferente. Él prometió darles una boca y una sabiduría que sus adversarios no podrían contradecir ni resistir. Les dijo que no pensarán en lo que debían decir, “porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debéis decir” (Lc. 12:12); “porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mt. 10:20). Les dijo: “El que a vosotros recibe, a mí me recibe” (Mt. 10:40) y oró por los que creyeran en Él por medio de su Palabra. Creemos pues, en las Escrituras porque Cristo declara que son la Palabra de Dios. Cielo y tierra pasarán, pero su Palabra no pasará (Mt. 24:35; Mr. 13:31; Lc. 21:33).

Tomado de Teología sistemática (*Systematic Theology*), Vol. 1, 153-168, de dominio público.

Charles Hodge (1797-1878): Teólogo presbiteriano estadounidense; nacido en Filadelfia, Pensilvania, EE.UU.



La Palabra del Señor es luz para guiarte, consejero para aconsejarte, consolador para consolarte, bastón para sostenerte, espada para defenderte y médico para curarte. La Palabra es mina para enriquecerte, manto para vestirtte y corona para coronarte. Es pan para fortalecerte, vino para alegrarte, panal para agasajarte, música para deleitarte y paraíso para acogerte. —*Thomas Brooks*

⁷ **Providencial** – Gobierno soberano sobre todas las cosas en la protección y cuidado de sus criaturas.

JESÚS Y LA AUTORIDAD BÍBLICA

Benjamin B. Warfield (1851-1921)

EN todas partes, tanto para [Jesús] como para [sus discípulos], una apelación a la Escritura es una apelación a una autoridad indefectible¹, cuya determinación es definitiva. Tanto Él como ellos apelan, indiferentemente, a cada parte de la Escritura, a cada elemento de la Escritura, a sus cláusulas más incidentales, así como a sus principios más fundamentales y a la forma misma de su expresión.

Esta actitud hacia la Escritura como documento de autoridad queda, de hecho, ya insinuada por su constante designación de la misma con el nombre de *Escritura*, las *Escrituras*, es decir, “el Documento”, a modo de eminencia² y por su citación habitual de la misma con la sencilla fórmula: “Escrito está”. Lo que está escrito en este documento, admite tan poco cuestionamiento que su cualidad autoritativa no requiere afirmación, sino que puede darse por sentado. Ambos modos de expresión, pertenecen a los [hábitos] constantemente ilustrados del discurso de nuestro Señor.

Las primeras palabras que se registra que pronunció después de su manifestación a Israel, fueron una apelación a la incuestionable autoridad de la Escritura: ¡A las tentaciones de Satanás, no opuso otra arma que el definitivo “Escrito está” (Mt. 4:4, 7, 10; Lc. 4:4, 8)! Y entre las últimas palabras que dirigió a sus discípulos antes de ser recibido arriba, había una exhortación a ellos por no comprender “que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de [Él] en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lc. 24:44) —es decir, en toda la Escritura— “era necesario que se cumpliera [muy enfáticamente]” (Lc. 24:44). “Así está escrito” (Lc. 24:46), dice Él, como mostrando lo absurdo de toda duda. Pues, como ya había explicado anteriormente ese mismo día (Lc. 24:25 ss.), sólo se argumenta que son “insensatos, y tardos de corazón”, si no se “cree [si su fe no descansa con seguridad, como sobre un fundamento firme] todo [sin límite de materia aquí] lo que los profetas [explicado en el v. 27 como equivalente a ‘todas las Escrituras’] han dicho”.

La necesidad del cumplimiento de todo lo que está escrito en la Escritura, lo cual se afirma con tanta fuerza en estas últimas instrucciones a sus discípulos, es frecuentemente [referida] por nuestro Señor. Él explica, repetidamente, que los sucesos que ocurren ocasionalmente, han

¹ **Indefectible** – Incapaz de presentar defectos o fallos; perfecto.

² **Eminencia** – Superioridad distinguida.

sucedido para que la Escritura se cumpla (Mr. 14:49; Jn. 13:18; 17:12; cf.³ 12:14; Mr. 9:12-13). Por lo tanto, basándose en las declaraciones de las Escrituras, anuncia con confianza que determinados acontecimientos ocurrirán con toda seguridad: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; *porque* escrito está...” (Mt. 26:31; Mr. 14:27; cf. Lc. 20:17). Aunque tiene a su disposición amplios medios de escape, Él se inclina ante las calamidades que se avecinan, pues, pregunta: “¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?” (Mt. 26:54)... Su fracaso se debe, no a las Escrituras, sino a ellos mismos, que leen las Escrituras con tan poco provecho.

Del mismo modo, nuestro Señor se asombra a menudo, del escaso efecto de la lectura de la Escritura, no porque se la haya examinado con demasiada curiosidad, sino porque no se la ha examinado con suficiente seriedad, con una confianza suficientemente sencilla y firme en cada una de sus declaraciones. “¿No habéis leído esta Escritura?”, exige, mientras aduce⁴ el Salmo 118 para demostrar que el rechazo del Mesías ya estaba señalado en la Escritura (Mr. 12:10; Mt. 21:42 varía la expresión hasta el equivalente: “¿Nunca leísteis en las Escrituras?”). Y cuando los judíos indignados vinieron a Él quejándose de los Hosannas con que los niños en el Templo le aclamaban y exigiendo: “¿Oyes lo que éstos dicen?”. Él les respondió, sencillamente: “Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza?” (Mt. 21:16).

El pensamiento subyacente de estos pasajes se expresa cuando Él da a entender que la fuente de todo error en las cosas divinas es, simplemente, la ignorancia de las Escrituras: “Erráis”, declara a sus interrogadores en una ocasión importante, “ignorando las Escrituras” (Mt. 22:29) o como se expresa, tal vez más forzosamente en forma de interrogante, en su paralelo en otro Evangelio: “¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras y el poder de Dios?” (Mr. 12:24). Es evidente que quien conoce bien las Escrituras, no yerra.

La confianza con la que Jesús se apoyaba en la Escritura en cada una de sus declaraciones, se ilustra aún más, en un pasaje como Mateo 19:4-6. Ciertos fariseos habían venido a Él con una pregunta sobre el divorcio y Él les respondió así: “¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?... por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. El punto a destacar es la referencia explícita de Génesis 2:24 a Dios como su autor: “*El que los hizo...* dijo”; “por tanto, lo que *Dios* juntó”. Sin embargo, este pasaje no nos da un

³ cf. – (Latín = *Confer*); comparar.

⁴ **Aduce** – Citar o referenciar como evidencia.

dicho de Dios registrado en la Escritura, sino sólo la palabra de la Escritura misma y puede ser tratado como una declaración de Dios, sólo en la hipótesis de que toda la Escritura es una declaración de Dios. El paralelo en Marcos 10:5 ss., con la misma verdad, aunque no tan explícitamente, asigna el pasaje a Dios como su autor, citándolo como ley autoritativa y hablando de su promulgación como un acto de Dios. Y es interesante observar de paso que Pablo, teniendo ocasión de citar el mismo pasaje (1 Co. 6:16), también lo cita explícitamente como palabra divina: “Porque [Él] dice: los dos serán una sola carne” —ese “Él” implícito aquí, de acuerdo con un uso que se observará más adelante, sólo significa “Dios”—.

Así queda claro que el hecho de que Jesús aduce, ocasionalmente, la Escritura como documento autorizado, se basa en la atribución de la misma a Dios como su autor. Su testimonio es que todo lo que está escrito en la Escritura es palabra de Dios. Tampoco podemos [quitar] la fuerza de este testimonio con el argumento de que representa a Jesús sólo en los días de su carne, cuando se puede suponer que reflejaba, meramente, las opiniones de su época y generación. El punto de vista de la Escritura que Él anuncia era, sin duda, el punto de vista de su época y generación, así como su propio punto de vista. Pero no hay razón para dudar de que la sostuvo, no porque fuera la opinión corriente, sino porque, en su conocimiento divino-humano, sabía que era verdadera. Porque, incluso en su humillación⁵, Él es el testigo fiel y verdadero. Y, en cualquier caso, debemos tener en cuenta que ésta era la opinión, tanto del Cristo resucitado como del humillado⁶. Fue después de haber sufrido y de haber resucitado con el poder de su vida divina, cuando declaró insensatos y tardos de corazón a los que no creen todo lo que está escrito en todas las Escrituras (Lc. 24:25) y cuando estableció el sencillo, “así está escrito” como fundamento suficiente para creer con confianza (Lc. 24:46).

Tampoco podemos explicar el testimonio de Jesús sobre la confiabilidad divina de la Escritura, interpretándola no como propia, sino como la de sus seguidores, puesta en sus labios en los reportes que ellos dieron de las palabras de Jesús. No sólo es demasiado constante, minucioso, íntimo y en parte incidental, y, por lo tanto, como si estuviera encubierto, admitir esta interpretación; sino que impregna de tal manera todos nuestros canales de información sobre las enseñanzas de Jesús, que es seguro que proceden realmente de Él. Pertenece, no sólo al Jesús de

⁵ **Incluso... humillación** – Días en que se hizo hombre, “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8).

⁶ **Humillado** – Degradado, despreciado, vapuleado, deshonrado.

nuestros registros evangélicos, sino también al Jesús de las fuentes anteriores que subyacen en nuestros registros evangélicos, como cualquiera puede asegurarse observando los casos en que Jesús aduce las Escrituras que se registran en más de uno de los Evangelios como divinamente autoritativas, e.g.⁷, “escrito está” (Mt. 4:4, 7, 10; Lc. 4:4, 8, 10; Mt. 11:10; Lc. 7:27; Mt. 21:13; Lc. 19:46; Mr. 11:17; Mt. 26:31; Mr. 14:21); “la Escritura” o “las Escrituras” (Mt. 19:4; Mr. 10:9; Mt. 21:42; Mr. 12:10; Lc. 20:17; Mt. 22:29; Mr. 12:24; Lc. 20:37; Mt. 26:56; Mr. 14:49; Lc. 24:44). Estos pasajes serían suficientes por sí solos para dejarnos claro el testimonio de Jesús sobre la Escritura como divinamente autoritativa en todas sus partes y declaraciones.

Tomado de Las obras de Benjamin B. Warfield: Revelación e inspiración (*The Works of Benjamin B. Warfield: Revelation and Inspiration*), Vol. 1, de dominio público.

Benjamin Breckinridge Warfield (1851-1921): Profesor presbiteriano de teología en el Seminario de Princeton; nacido cerca de Lexington, KY, EE.UU.



No debemos contentarnos con haber dado una lectura superficial a uno o dos capítulos, sino que, con la luz del Espíritu, debemos buscar, deliberadamente, el sentido oculto de la Palabra. La Sagrada Escritura requiere búsqueda —gran parte de ella, sólo puede aprenderse mediante un estudio cuidadoso—. Hay leche para los niños, pero también alimento sólido para los hombres fuertes. Los rabinos dicen, sabiamente, que una montaña de conocimiento pende de cada palabra, sí, de cada línea de la Escritura. Tertuliano exclama: “Adoro la plenitud de las Escrituras”. Ningún hombre que se limite a hojear el libro de Dios, puede sacar provecho de él; hay que cavar y minar hasta obtener el tesoro escondido. La puerta de la Palabra sólo se abre con la llave de la diligencia. Las Escrituras exigen ser escudriñadas. Son los escritos de Dios, llevan el *imprimatur*⁸ y el sello divino —¿quién se atreverá a tratarlas con ligereza?—. Quien las desprecia, desprecia al Dios, Quien las escribió. Dios no permita que alguno de nosotros deje que nuestras Biblias se conviertan en prestos testigos en nuestra contra en el gran Día del Juicio. La Palabra de Dios recompensará la búsqueda. Dios no nos ordena que cernamos una montaña de paja con un grano de trigo aquí y allá, sino que la Biblia es maíz aventado —sólo tenemos que abrir la puerta del granero y encontrarlo—. —*Charles Spurgeon*

Estudia las Escrituras de la verdad con un corazón en oración para que el poder, la luz y la unción del Espíritu Santo te acompañen. La Palabra no es más que letra muerta, si es desatendida por el Espíritu. La Palabra de Dios es una “espada”, pero la espada es eficaz, sólo cuando es empuñada por el poder del Espíritu. —*Octavius Winslow*

Toda la Escritura no es sino una completa carta de amor, enviada por el Señor Cristo a su amada esposa. —*Thomas Brooks*

⁷ e.g. —(Latín = *Ejemplo gratia*); por ejemplo.

⁸ **Imprimatur** — (Latín = *Imprimatur*); licencia para imprimir.

AUTORIDAD DIVINA: ¿LA IGLESIA O LAS SAGRADAS ESCRITURAS?

Wilhelmus à Brakel (1635-1711)

PREGUNTA: ¿Son las Sagradas Escrituras, verdaderamente la Palabra de Dios, con autoridad divina, tanto en lo que se refiere a los relatos históricos donde se narran muchas palabras y hechos de los impíos, como en lo que se refiere a la regla para la doctrina y la vida? Es necesario que el hombre se convenza de ello y estime las Escrituras como la Palabra de Dios. Por tanto, ¿cómo puede el hombre estar seguro de que las Sagradas Escrituras son la Palabra de Dios?

Respuesta: El [romanismo] responde que debemos creerlo porque se dice que [esto] es así. Afirmamos que la verdadera Iglesia, la cual cree y declara que las Sagradas Escrituras son la Palabra de Dios, es un medio por el cual, el Espíritu Santo lleva al hombre a la Palabra y, por lo tanto, lo convence de creerla. Negamos, sin embargo, que la Iglesia sea el fundamento sobre el cual descansa la creencia de que las Escrituras son la Palabra de Dios y por el cual, el hombre está seguro de ello. Más bien, las Sagradas Escrituras, por las incrustadas evidencias de su divinidad¹ y el Espíritu Santo hablando en esa Palabra, son en sí mismas, el fundamento y la base por la cual creemos que son divinas. La autoridad de la Palabra se deriva de la Palabra misma.

La Iglesia no puede ser el fundamento sobre el cual uno cree que las Escrituras son la Palabra de Dios porque, en primer lugar, la Iglesia deriva toda su autoridad de la Palabra. No podemos reconocer que una iglesia es la verdadera Iglesia, sino por medio de la Palabra de Dios —y sólo si predica la doctrina pura y tiene las credenciales que la Escritura expresa como pertenecientes a la verdadera Iglesia—. “Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (Ef. 2:20); “si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en vuestra casa” (2 Jn. 10) “...y que os apartéis de ellos” (Ro. 16:17).

¹ **Divinidad** (o las Escrituras como divinas) – Esta descripción de las Escrituras, surge del testimonio bíblico de que Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— es la causa directa de las Escrituras; por lo tanto, de la misma manera que la creación refleja los atributos de Dios, la Escritura refleja a su santo Autor en su contenido, en el testimonio del Hijo en el Nuevo Testamento y en el testimonio interior del Espíritu en los creyentes. Debido a que Dios ha hablado, su Palabra es autoritativa, infalible y perspicua (clara). Tiene un fin divino: La gloria de Dios y la salvación de los elegidos; revela la verdad divina de Dios en cada parte y refleja el carácter divino del Dios que la inspiró.

Si la Palabra de Dios es el único criterio por el cual podemos determinar que una iglesia es la verdadera Iglesia de Dios, entonces primero, debemos reconocer que la Escritura es la Palabra de Dios, antes de reconocer que tal iglesia es la verdadera Iglesia. Además, no podemos recibir el testimonio de la iglesia, a menos que la reconozcamos como la verdadera Iglesia. Así, no creemos que la Palabra es la Palabra de Dios porque la *Iglesia* lo afirme, sino al contrario, creemos que una iglesia es la verdadera Iglesia porque la *Palabra* la valida como tal. Una casa descansa sobre sus cimientos y no los cimientos sobre la casa. Un producto procede de su origen; el origen no procede de su productor.

Argumento atenuante²: Ambos pueden ser intercambiables: Cristo dio testimonio de Juan el Bautista y Juan, a su vez, de Cristo.

Respuesta: Una cosa es dar testimonio y otra muy distinta, ser el fundamento de la fe misma. Cristo era la Verdad personificada y testificó con autoridad. Juan, sin embargo, no era más que un instrumento por medio del cual se revelaba la verdad, como lo es hoy todo ministro. Sin embargo, los siervos de Dios no son el fundamento sobre el que descansa la fe de los oyentes: ese fundamento es Jesús el Cristo. Más bien, con los samaritanos debemos confesar: “Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo” (Jn. 4:42).

La base para respetar las palabras de alguien es la persona misma. Las leyes emitidas por el gobierno derivan su autoridad para exigir su cumplimiento del gobierno mismo. Sin embargo, las leyes no reciben esta autoridad de la persona que las publica, ya sea leyéndolas o mostrándolas. Así, reconocemos que la Palabra tiene autoridad divina, únicamente, porque *Dios es Quien habla*: “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová” (Is. 1:2). La Iglesia sólo actúa como heraldo³.

Si la Palabra derivara su autoridad de la Iglesia, entonces tendríamos que tener a la Iglesia en mayor estima que a Dios mismo. Porque quien da crédito⁴ y énfasis a las palabras de alguien sería superior a la persona que las pronuncia. Dios no tiene superior y, por lo tanto, nadie está en posición de dar autoridad a sus palabras. “No recibo testimonio de hombre alguno” (Jn. 5:34), exclamó el Señor Jesús. Aunque Juan diera testimonio de Él, es decir, declarara que Él era el Cristo, sería, sin embargo, contrario a la voluntad del Señor Jesús que alguien creyera sólo por esa razón. El testimonio de Juan era, sencillamente, un medio para un fin.

² **Argumento atenuante** – Un argumento que disminuye la importancia de lo que se argumenta en contra.

³ **Heraldo** – Quien anuncia, pregonero, portavoz.

⁴ **Crédito** – Credibilidad, creer que algo es verdad.

“Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado” (Jn. 5:36).

Objeción 1: “...que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad” (1 Ti. 3:15). Todo lo que proporciona apoyo y estabilidad a la verdad, le proporciona la autoridad para ser recibida como verdad. Tal es la relación de la Iglesia con la verdad.

Respuesta: Rechazo enfáticamente la conclusión de esta proposición. Los más eminentes defensores de la Iglesia son llamados columnas, lo cual es cierto, tanto en la manera diaria de vivir como en las Escrituras. “Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas” (Gá. 2:9).

Sin embargo, estos hombres no dieron a la Iglesia la autoridad para ser reconocida como la verdadera Iglesia. Del mismo modo, la Iglesia es la guardiana, la defensora y la protectora de la Palabra. Si no existiera la Iglesia, la Palabra de Dios y la verdad contenida en ella, desaparecerían casi por completo del mundo. La expresión “columna y baluarte” no se refiere a *dar* autoridad y credibilidad, sino a preservar y proteger. Los oráculos de Dios han sido confiados a la Iglesia (Ro. 3:2). Su vocación es conservarlos y defenderlos, así como publicarlos en el mundo entero. ¿Qué crédito le da esto a la Palabra de Dios misma?

Objeción 2: Nadie sabría que la Biblia es la Palabra de Dios, si la Iglesia no lo hubiera declarado así. Dios no está ahora declarando desde el cielo que la Biblia es la Palabra de Dios; por tanto, debe haber alguien que así lo declare para que el pueblo pueda oírla.

Respuesta: (1) Nadie puede saber qué ley ha promulgado el gobierno, excepto por el anuncio de un heraldo; sin embargo, él no es la persona que da autoridad a estas leyes. Éste es también el caso aquí. (2) El argumento de que nadie puede saber que la Biblia es la Palabra de Dios, a menos que la Iglesia lo declare así, no se sostiene. Ocasionalmente, ocurre que alguien nacido y criado lejos de otras personas, y siendo ignorante de la existencia de una iglesia, encuentra accidentalmente una Biblia en su casa. Al leerla diligentemente, encuentra deleite en estos asuntos y son utilizados como un medio para su conversión. Consecuentemente, reconoce que la Biblia es de Dios y comienza a amar su Palabra. He conocido a una persona así y lo que le ha sucedido a él, también puede sucederle a cualquier otra persona. Cientos de personas ignoran a la Iglesia y, por tanto, no la tienen en cuenta. Sin embargo, reconocen que la Biblia es la Palabra de Dios e, incluso, pueden intentar buscar la verdadera Iglesia por medio de la Palabra. El hecho de que la Iglesia o alguien más nos dé la Biblia y declare que es la Palabra de Dios es irrelevante. En cualquier caso, esto puede motivar a una persona a buscar y

mientras busca, puede discernir evidencias de la autoría divina en ella. (3) El objetor afirmará que [Roma] es la verdadera Iglesia, dando así autoridad a la Palabra. Nosotros creemos, sin embargo, que la Biblia es la Palabra de Dios, pero no porque [Roma] diga que lo sea...

Objeción 3: La Iglesia existía antes de la Palabra escrita y es más conocida que la Palabra; por tanto, la Iglesia da autoridad divina a la Palabra.

Respuesta: La Iglesia no es más antigua que la Palabra, sino todo lo contrario. La Palabra es la semilla de la Iglesia. El primer mensaje evangélico fue emitido antes de la existencia de la Iglesia y fue un medio por el cual la Iglesia llegó a existir. Es cierto que la Iglesia existía antes de que las Escrituras estuvieran plenamente contenidas en la Biblia. Sin embargo, la Iglesia no dio crédito a los libros de Moisés y a las Escrituras que les siguieron... Generalmente, uno adquiere estima por la Biblia como Palabra de Dios, antes de comprender lo que es la Iglesia y discernir lo que ella tiene que decir sobre la Palabra. De esto se deduce que la Iglesia no tiene más reconocimiento que la Palabra. Es todo lo contrario...

Por lo tanto, la Iglesia no otorga autoridad divina a la Palabra entre los hombres. No creemos que la Palabra sea divina porque la Iglesia así lo declare, sino que las mismas Sagradas Escrituras manifiestan su divinidad al oyente o lector atento, y esto se desprende, claramente, de lo siguiente:

(1) Los prefacios de los libros de la Biblia y de las cartas apostólicas, y palabras tales como: “Así dice el Señor”, “el Señor habla”, “escuchad la Palabra del Señor”, etc., llegan al corazón.

(2) La Escritura manifiesta su divinidad al hombre por su revelación de los altos misterios de Dios y de los asuntos divinos que la naturaleza no revela, que ningún humano podría haber concebido y que, aparte de la operación del Espíritu Santo, no pueden ser comprendidos. La divinidad de la Escritura se manifiesta también, en la santidad y pureza de sus mandatos, así como en el modo en que se ordena al hombre que se comporte. Por lo tanto, todos los demás escritos que no se derivan de esta Palabra son carnales, poco refinados, vanos y necios, mientras que aquellos escritos que se derivan de la Escritura se comparan a la Escritura como una pintura se asemeja a un ser humano vivo.

(3) La divinidad de la Escritura se hace aún más evidente por el poder que ejerce sobre el corazón humano, pues dondequiera que se predica el Evangelio, los corazones son conquistados y sometidos a la Escritura. Cuanto más se reprima y persiga a los que confiesan la verdad de la Escritura, tanto más la Palabra ejercerá su poder.

(4) Es evidente por la maravillosa luz con que la Palabra ilumina el alma, el cambio interno y externo que engendra⁵, y el modo en que llena a los creyentes de dulce consuelo e inefable gozo. Les capacita para soportar toda persecución con amor y alegría, así como para entregarse voluntariamente a la muerte.

(5) Por último, es evidente acerca de las profecías que, habiendo declarado con miles de años de antelación lo que posteriormente ocurriría, se han cumplido con minucioso detalle, validando así, dichas profecías.

Estos y otros asuntos similares son rayos de la divinidad de la Palabra que iluminan y convencen al hombre de esta divinidad por su luz inherente. Sin embargo, la tarea de convencer, plenamente a alguien, en especial a una persona que utiliza su intelecto corrupto para juzgar en este asunto, es obra del Espíritu de Dios, Quien es el Espíritu de fe (2 Co. 4:13). El da la fe (1 Co. 12:9) y da testimonio de que el Espíritu que habla por medio de la Palabra es verdad (1 Jn. 5:6): “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Co. 12:3).

Tomado de El servicio razonable del cristiano (*The Christian's Reasonable Service*), Vol. 1, 28-32, Reformation Heritage Books, www.heritagebooks.org.

Wilhelmus à Brakel (1635-1711): Teólogo holandés y principal representante de la Segunda Reforma holandesa; nacido en Leeuwarden, Países Bajos.



¿Quién, cuando la naturaleza se disuelve, la tierra se retrae, la eternidad se abre, está en condiciones de sopesar, examinar y tamizar las evidencias de la divinidad de las Escrituras? El lenguaje ferviente e implorante de alguien así, vivo a la convicción del pecado y del peligro, es: “¿Hay perdón, hay salvación, hay esperanza para un pecador como yo? ¿Me dice la Palabra de Dios cómo puedo ser salvo? Léeme acerca de Cristo. Háblame del Salvador. Señálame al Cordero de Dios. Dirige mi mirada a la cruz y déjame contemplar a Aquel cuya sangre limpia de todo pecado. Léeme, háblame, cuéntame sólo de JESÚS. —*Octavius Winslow*.

Descuides lo que descuides, no descuides la Biblia. —*Octavius Winslow*.

⁵ **Engendra** – Causa; produce.

LA NECESIDAD DE LA ESCRITURA

Octavius Winslow (1808-1878)

LOS santos del Altísimo siempre considerarán su Palabra revelada como trascendentalmente preciosa, entre las cosas preciosas de Dios... Las obras de la creación, variadas y ricas en sus formas de belleza, mientras testifican del “poder y divinidad [de Dios]” —dejando así al hombre sin excusa por su ateísmo— no suministran en ninguna parte, una respuesta a la trascendental pregunta: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Dan [un obvio] y solemne testimonio de la apostasía¹ del hombre, pero no testifican nada de su recuperación. Hablan de una humanidad caída, pero no de una humanidad restaurada. No hablan de un Salvador, de una esperanza de salvación del cielo. Puedo vagar con pensamientos tristes y reflexivos por las riberas soleadas de sus ríos caudalosos, puedo recorrer sus valles alfombrados o escalar sus montañas coronadas de nubes, deleitándome en medio de su belleza, su grandeza sublime² y, sin embargo, no encontrar reposo para esta mente inquieta, ni paz para este corazón atribulado, ni esperanza para esta alma pecadora y perdida. ¡Ni una flor abajo, ni una estrella arriba, me hablan de JESÚS, un Salvador!³

Me refiero al “glorioso evangelio del Dios bendito” (1 Ti. 1:11) y mi condición como pecador arruinado, autodestruido y condenado se encuentra con ese único, pero completo y sublime anuncio: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15). Amado lector, el reino de la naturaleza, repleto como está de la sabiduría, el poder y la benevolencia de Jehová —cada espiga de hierba, cada sencilla flor, cada montaña imponente, cada estrella centelleante, reprende la negación de Dios por parte del “necio”— nunca puede revelar cómo puedes ser perdonado, justificado⁴ y salvado. Ninguna solución puede proporcionarse al gran problema moral del universo: Cómo puede Dios ser justo y, sin embargo, el justificador de los impíos (Ro. 3:26). El “Evangelio de la gracia de Dios”... satisface, al máximo, tu condición como pecador, sacando a la luz, la vida y la inmortalidad, y revelándote así, una esperanza,

¹ **Apostasía** – Alejarse de Dios por el pecado. Ver Portavoz de la Gracia N° 41: *Apostasía*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

² **Sublime** – Altura elevada; cualidad que despierta sentimientos de asombro.

³ **Nota del editor** – El autor muestra aquí, nuestra desesperada necesidad de una revelación especial en comparación con la revelación general.

⁴ **Justificado** – Declarado justo por la fe en el Salvador Jesucristo crucificado y resucitado. Ver Portavoz de la Gracia N° 4: *Justificación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

resplandeciente y eterna, más allá de la penumbra y la corrupción de la tumba... Todo lo que es solemne y precioso para nosotros como creyentes, está ligado al hecho de que el Libro en el que basamos nuestra esperanza en el futuro es lo que declara ser: La PALABRA DEL SEÑOR.

En el momento en que nuestra fe en la divinidad de las Sagradas Escrituras se tambalea, todo lo demás tiembla con ella. La vida, en todas sus relaciones morales, presenta otro aspecto totalmente distinto. Su follaje se marchita, sus flores se arruinan, sus manantiales se amargan, y todo el panorama del presente y del futuro se envuelve en tinieblas y desesperación. No es de extrañar entonces, que el error plante su fuerte y severa batería frente a ésta, la doctrina más preciosa de nuestra fe: La inspiración divina de las Escrituras.

Con cuánta verdad ha descrito el Apóstol la mente incrédula: “El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Co. 4:4). Consideramos entonces, de infinita importancia que nuestra fe en la divinidad de la Biblia, en la inspiración plenaria de las Escrituras, se fortalezca cada vez más; y que todo lo que tienda a instruirnos y confirmarnos en esta doctrina de nuestra fe —sea un hecho de la historia, un descubrimiento de la ciencia o una página en el volumen de nuestra historia personal— lo acojamos con avidez y lo reconocamos con devota acción de gracias y alabanza.

¡Que el Señor te guarde, lector mío, de los bajos conceptos de la inspiración divina que prevalecen en nuestros días! Si este fundamento es destruido o incluso, aparentemente sacudido, ¿qué otra cosa tiene tu alma inmortal para edificar, sino arenas movedizas a cada paso, pasando a la eternidad, sobre las cuales se hunde tu alma, más y más, en la duda, la oscuridad y la desesperación? Como Palabra del Señor entonces, es preciosísima. No podría poseer ningún valor intrínseco⁵ aparte de este hecho: La Biblia afirma ser, nada menos, que la Palabra de Dios. “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Ti. 3:16) y “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). Abrimos las [carátulas] de este volumen sagrado y escuchamos la voz de Dios —a veces con un trueno formidable, otras con una música fascinante; unas veces con una majestad sublime, otras con la dulzura del susurro de un niño— en la misericordia y en el juicio, la Palabra de Dios habla...

Volvemos al pensamiento de que la Palabra de Dios es preciosa porque es verdadera y enfáticamente su Palabra —*la Palabra de Jehová*—. ¡Y cuando el creyente abre la Biblia, lo hace con la profunda y solemne convicción de que está a punto de escuchar la voz de Dios! Pero no sólo

⁵ **Intrínseco** – Que es propio o característico de la cosa que se expresa por sí misma.

es preciosa la Palabra de Dios como revelación de su Ser y perfecciones, sino que para el hijo de Dios lo es, peculiarmente, como revelación de la mente y la voluntad de Dios porque cuáles fueron los pensamientos y propósitos de Dios, sólo pueden deducirse, vagamente, de las obras y operaciones externas de la naturaleza. Si estos pensamientos divinos han de ser conocidos por el hombre, Dios mismo debe revelarlos. “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” (Job 11:7)... El rostro de la naturaleza, el semblante natural de Dios, está repleto de su poder, sabiduría y belleza. Hay suficiente de su divinidad para confundir y silenciar el ateísmo más profundo y ruidoso del hombre. Pero la naturaleza no puede ir más lejos. Me conduce al vestíbulo⁶, pero no puede conducirme a la gloria interior. Me dice que hay un Dios, pero no me revela su naturaleza y carácter como Padre y como un Dios que perdona los pecados.

Pero allí donde la naturaleza me abandona, la revelación viene en mi ayuda. De ahí, la alta estima en que se representa a Dios con respecto a su propia Palabra. “Porque has engrandecido... tu palabra sobre todas las cosas” (Sal. 138:2). Es decir, Dios ha magnificado su Palabra por encima de cualquier otra de sus manifestaciones, no habiendo tal revelación e ilustración de la Deidad como la que se encuentra en su Palabra revelada. ¿Es cierto que los cielos y la tierra declaran la gloria de Dios? ¿Atestigua la Providencia su Gobierno divino? ¡Cuánto más, su Verdad revelada! ¡Verdaderamente, “has engrandecido tu palabra sobre todas las cosas”! Como revelación de su carácter, la Palabra de Dios es preciosa. Lo que deducimos del carácter moral de Dios a partir del reino de la naturaleza es más inferencial⁷ que afirmativo. De su creación, inferimos el Ser de Dios; de su belleza, inferimos que Dios es hermoso; de sus maravillas, inferimos que Dios es grande; de la admirable unidad y adecuación de todas sus partes, inferimos que Dios es sabio; de las misericordiosas bendiciones tan rica y profusamente esparcidas sobre su faz, inferimos que Dios es bueno; y de los juicios que siguen al pecado y recaen sobre el pecador, inferimos que Dios es santo y justo. Pero para obtener una revelación clara, positiva y completa del carácter de Dios como un Dios justo, santo, sabio, misericordioso y que perdona el pecado, debemos recurrir a su Palabra escrita. Dios ha revelado más de su carácter moral, perfecciones y gloria, en las siguientes palabras pronunciadas a Moisés en el monte Sinaí, en medio de las terribles señales de su majestad, que en todas las bellezas, maravillas y excelencias de su obra creada: “Y Jehová descendió

⁶ **Vestíbulo** – Espacio de entrada.

⁷ **Inferencial** – Deductivo.

en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éx. 34:5-7).

¡Qué glorioso despliegue de Dios! ¡Qué prefiguración del despliegue, aún más rico, del Evangelio! Si Dios fue tan glorioso en el monte Sinaí, ¡cuánto más debe ser su gloria revelada en el monte Calvario! Como revelación del amor de Dios, su Palabra es, inefablemente, preciosa. Queremos conocer más que la *mente* de Dios. Somos pecadores y queremos leer su *corazón* —su corazón amoroso, lleno de gracia y perdonador de pecado—. Queremos conocer, no sólo cuáles son sus pensamientos y propósitos, sino cuáles son sus [pensamientos] hacia nosotros. ¿Nos ama? ¿Nos sonrío su justicia? ¿Se expande su corazón con misericordia y brilla con afecto hacia nosotros? Sólo la Biblia proporciona la respuesta a estas preguntas trascendentales. Allí, leemos —como no se lee en ninguna parte de este vasto y hermoso universo— “Dios es amor” (1 Jn. 4:8, 16). Y cuando nos acercamos aún más al tema, penetrando más profundamente en el corazón de Dios, ¡qué trascendente y maravilloso despliegue de su amor es presentado en el regalo de su amado Hijo! Leamos la declaración, a menudo leída antes, pero para leer una y otra vez con profundo asombro, gratitud y alabanza: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16)...

¡Cuán preciosa debe ser para nuestros corazones aquella Palabra que contiene tales declaraciones y revela tales verdades! Bien puede exclamar el Apóstol: “¡Aquí está el amor!”; como si hubiera dicho y hubiera podido añadir: “¡Y en ningún otro lugar, sino aquí!” En ninguna parte arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra; ninguna estrella, ninguna flor, ninguna criatura, así revela, expresa y encarna de tal manera el amor de Dios como el regalo de su amado Hijo para morir por nuestros pecados. ¡Oh, qué amor es éste! “de tal manera amó Dios al mundo” —*ide tal manera* amó que entregó a Jesús!—. ¡Jesús es el más precioso exponente del amor de Dios; Jesús descende del seno de su amor; Jesús descubre el velo de su amor; Jesús es la expresión de su amor, el amor de Dios encarnado, el amor de Dios que habla, que trabaja, que muere, que redime! Parecería imposible que el amor pudiera llegar más allá de esto...

Oh, aférrate entonces, a la Palabra de Cristo... Desde su principio hasta su fin, [ésta es] un registro del Señor Jesús. Alrededor de Él, el divino y glorioso Centro, se reúnen todos sus maravillosos tipos,

profecías y hechos. Su promesa y prefiguración, su santa encarnación, natividad y bautismo, su obediencia y pasión, su muerte, sepultura y resurrección, su ascensión al cielo, su Segunda Venida para juzgar al mundo y establecer su glorioso Reino, son las verdades grandiosas y conmovedoras, sublimes y tiernas, invaluable y preciosas que se entretejen con toda la textura de la Biblia....

Amados, que *éste* sea el único y principal objeto de vuestro estudio de la Biblia: El conocimiento de Jesús. La Biblia no es una historia, ni un libro de ciencia, ni un poema —es un registro de Cristo—. Estúdiarla para conocer más de Él, de su naturaleza, de su amor, de su obra. [Digamos como] Pablo con su [gran corazón]: “Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Fil. 3:8). Entonces, la Palabra de Dios se hará cada vez más preciosa para tu alma y sus verdades se desplegarán. Trazarás la historia de Jesús, verás la gloria de Jesús, admirarás la obra de Jesús, aprenderás el amor de Jesús y oirás la voz de Jesús en cada página. Todo el volumen estará [perfumado con] su nombre e iluminado con su belleza. ¡Oh, qué sería para nosotros la Biblia sin la revelación de un Salvador! ¡Existe un gran peligro de estudiarla, sólo intelectual y científicamente, de deleitarnos en sus bellezas literarias y en su grandeza, ciegos a su verdadero valor y sin ningún deseo de conocer a ese precioso Salvador que murió por los pecadores, a ese divino Redentor que pagó el rescate de su Iglesia con su propia sangre; a ese Amigo que nos ama, a ese Hermano que simpatiza con nosotros, a ese Sumo Sacerdote entronizado que intercede por nosotros detrás del velo!... ¿Estudiamos la “Palabra de Cristo”, espiritual y honestamente, como aquellos cuyas almas tienen hambre y sed de este pan y esta agua de vida? ¿La buscamos con diligencia y seriedad como si fuera un tesoro escondido —un tesoro más allá de todo precio—? ¿La leemos con una mente infantil, la recibimos con un corazón creyente, nos inclinamos ante sus enseñanzas con reverencia de alma y recibimos sus declaraciones en todas las cuestiones de fe y práctica como decisivas y definitivas? En resumen, ¿escudriñamos las Escrituras humildemente, en oración, dependiendo de la guía del Espíritu, para encontrar a Jesús en ellas? De estas Escrituras, Él es el Alfa y la Omega, la sustancia, la dulzura, la gloria —el tema único, precioso, absorbente—.

Tomado de Cosas preciosas de Dios (*Precious Things of God*), de dominio público.

Octavius Winslow (1808-1878): Pastor no conformista; nacido en Londres, Inglaterra, criado en Nueva York, enterrado en el Cementerio de Abbey, Bath, UK.



LA PERSPICUIDAD DE LAS ESCRITURAS

Thomas Boston (1676-1732)

DOCTRINA: “Las Escrituras son la regla para dirigir cómo podemos glorificar y disfrutar a Dios”. Aquí, sólo daré las propiedades de esta regla.

Es una regla perspicua¹ o clara. Porque, aunque todas las cosas en la Escritura no son igualmente claras en sí mismas, ni igualmente claras para todos, sin embargo, aquellas cosas que son necesarias para ser conocidas, creídas y observadas para la salvación, están tan claramente propuestas y abiertas en uno u otro lugar de la Escritura que, no sólo los doctos, sino también los indoctos, en el debido sentido de los medios² ordinarios, pueden llegar a una comprensión suficiente de las mismas.

(1) Con respecto a todas las cosas necesarias para la salvación, ya sea para la fe o para la práctica, no se puede negar que hay porciones de la Escritura muy oscuras, las cuales, posiblemente, no se interpretan de manera correcta, incluso hasta el día de hoy; pero en las cosas que son necesarias para la salvación, son claras. Y a este respecto, se ha dicho que las Escrituras son de una profundidad en la que un cordero puede vadear³ y un elefante puede nadar.

(2) Aunque algunas cosas, cuya fe es necesaria para la salvación, sean altos e incomprensibles misterios, como la doctrina de la Trinidad, de la encarnación del Hijo de Dios, etc., sin embargo, la manera de exponerlas es clara.

(3) Puede ser que lo que es verdaderamente necesario para la salvación, se establezca muy oscuramente en algún lugar de la Escritura; sin embargo, en algún otro lugar, encontraremos la misma cosa, claramente expuesta,...

(4) De modo que, no sólo los eruditos, sino también los indoctos, puedan llegar a comprenderlas suficientemente —lo cual, debes recordar cuidadosamente, se refiere aquí a los creyentes—. [Ellos] tienen la iluminación interior del Espíritu, quitando sus propias tinieblas naturales. Porque si lo entendiste acerca de los incrédulos,

¹ **Perspicuo** – Expresado de manera comprensible y fácil de entender; la *perspicuidad* es la cualidad de ser comprensible y claro.

² **En el debido sentido... medios** – La percepción adecuada mediante la lectura en oración o la escucha atenta de la Palabra de Dios.

³ **Vadear** – Pasar un río con un fondo firme y poco profundo, ya sea caminando, montado en caballería o en un vehículo.

contradice lo que hemos establecido anteriormente, en relación con la necesidad de la iluminación espiritual. Y así, el sentido es que no sólo el cristiano erudito, sino también el [cristiano] indocto, pueden alcanzar una comprensión suficiente de la Palabra,...

(5) Siempre que hagan uso de los medios ordinarios establecidos por Dios para su comprensión: La lectura atenta y ferviente con oración y meditación en ellas, etc.

Esta *perspicuidad* de las Escrituras, la probaré con los siguientes argumentos.

(1) La Escritura enseña, claramente, su propia perspicuidad y claridad en este sentido. Es llamada lámpara y lumbrera (Sal. 119:105). El mismo capítulo de éste (dice), alumbrando y hace entender a los simples (Sal. 119:130; *ver* Pr. 6:23). [En 2 P. 1:19], el Apóstol llama a las Sagradas Escrituras una antorcha y, en particular, a la palabra de profecía o a la palabra profética que de todas las demás parece la más oscura; sin embargo, a ésta la llama una antorcha, una antorcha que alumbrando en un lugar oscuro, mostrando con ello que donde llega, brilla, aunque el lugar sea de por sí oscuro, disipa las tinieblas.

(2) Tal es la manera en que Dios ha entregado su Palabra que sus mandamientos no están alejados del entendimiento. El creyente más sencillo, no tiene razón para quejarse de la dificultad de ella en las cosas necesarias para la salvación. “Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (Dt. 30:11-14).

(3) Si todas las cosas necesarias para la salvación son entendidas por todos los cristianos sinceros y esto por el Espíritu que mora en cada creyente, entonces las Escrituras son claras en todas las cosas necesarias para la salvación hasta para el creyente más sencillo. Entonces, lo primero es cierto: “El espiritual juzga todas las cosas” (1 Co. 2:15). “Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas... La unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, así... la misma unción os enseña todas las cosas” (1 Jn. 2:20, 27). Considerad a quién se dirige Juan —no sólo a los eruditos y a los grandes teólogos, sino a todos los creyentes, incluso a los niños pequeños— a todos los que tienen el Espíritu, el cual es común a todos: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Ro. 8:9).

(4) Las cosas que son necesarias para la salvación, están ocultas sólo a los incrédulos, “en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos”. En cuanto a los demás, Dios mismo se las ha enseñado (2 Co. 4:4, 6).

(5) Dios ha prometido escribir su Ley en los corazones de su pueblo y que Él mismo les enseñará a conocerle (Jer. 31:33-34). Por lo tanto, la Escritura debe ser, necesariamente, perspicua y clara en las cosas necesarias para la salvación porque lo que está escrito en nuestros corazones, no puede sino, ser claro para nosotros; y lo que Dios mismo nos enseña, no puede ser oscuro porque ¿quién enseña cómo Dios?

(6) Si las Escrituras no son claras en sí mismas para todos los creyentes, sino que toda su perspicuidad depende de la interpretación de la Iglesia, entonces nuestra fe ha de resolverse, en última instancia, en el testimonio del hombre. Pero eso no puede ser porque el testimonio humano no es infalible ni válido y, por lo tanto, no puede [establecer] una fe divina y una convicción infalible. La razón de la consecuencia es clara. Los oyentes están obligados, si no quieren fijar su fe en las vestiduras de los hombres, a comparar las interpretaciones dadas por los hombres con las Escrituras mismas (Hch. 17:11), lo cual sería totalmente impracticable, a menos que las Escrituras sean claras en sí mismas, en las cosas que son necesarias para la salvación.

(7) La perspicuidad de la Escritura aparece, si consideráis a su Autor—Dios mismo, el Padre de las luces— y el fin por el cual dio las Escrituras a la Iglesia, [a saber,] para que fueran regla de fe y de vida... Es una regla perfecta. No es necesario creer ni hacer nada más que lo que se puede encontrar allí. Es una regla perfecta por la que podemos caminar en la senda hacia el cielo y la gloria. ¿Qué puede ser más deseable que eso, en el texto, es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”? “La ley de Jehová es perfecta” (Sal. 19:7). Las Escrituras fueron escritas para que los hombres tengan vida (Jn. 20:31), y consolación y esperanza en toda condición (Ro. 15:4).

Tomado de La divina autoridad de las Escrituras (*The Divine Authority of the Scriptures*) en Las obras completas de Thomas Boston (*The Whole Works of Thomas Boston*), Vol. 1, 37-40, de dominio público.



Oh, por tanto, antes que nada y por encima de todo, escudriñad la Escritura, estudiad la Escritura, meditad en la Escritura, deleitaos en la Escritura, atesorad la Escritura; ninguna sabiduría [se compara] con la sabiduría de la Escritura, ningún conocimiento con el conocimiento de la Escritura, ninguna experiencia con la experiencia de la Escritura, ningún consuelo con los consuelos de la Escritura, ningún deleite con los deleites de la Escritura, ninguna convicción con las convicciones de la Escritura, ni ninguna conversión con la conversión de la Escritura. —*Thomas Brooks*.

EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU

John Murray (1898-1975)

SI... la Escritura es divina en su origen, carácter y autoridad, debe llevar las marcas o evidencias de esa divinidad. Si “los cielos cuentan la gloria de Dios” (Sal. 19:1) y, por tanto, dan testimonio de su divino Creador, la Escritura como obra de Dios, debe llevar también, las huellas de su autoría. Esto es decir, sencillamente, que la Escritura evidencia por sí misma, ser la Palabra de Dios; su divinidad es auto-evidente y auto-autenticada¹. El fundamento de la fe en la Escritura como Palabra de Dios es, por tanto, la evidencia que contiene, inherentemente, de su autoría y calidad divinas. La evidencia externa, testimonio de su divinidad derivado de otras fuentes ajenas a ella misma, pueden corroborar y confirmar el testimonio que contiene inherentemente, pero tal evidencia externa no puede estar en la categoría de evidencia suficiente para fundamentar y constreñir la fe. Si la fe es *la fe en la Biblia como Palabra de Dios*, obviamente, la evidencia sobre la que tal fe descansa debe tener, en sí misma, la cualidad de divinidad. Pues sólo una evidencia con la cualidad de divinidad sería suficiente para fundamentar una fe en la divinidad. Así, la fe en la Escritura como Palabra de Dios se basa en las perfecciones² inherentes a la Escritura y se suscita³ por la percepción de estas perfecciones. Estas perfecciones constituyen su incomparable excelencia y tal excelencia, cuando es comprendida, constriñe la abrumadora convicción de que es el único tipo apropiado de respuesta.

Si la Escritura se manifiesta a sí misma como divina, ¿por qué la fe no es el resultado en el caso de todos los que se confrontan con ella? La respuesta es que no todos los hombres tienen la facultad perceptiva necesaria⁴. Una cosa es la evidencia y otra la capacidad de percibir y comprender. “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Es aquí donde entra la necesidad del testimonio interno del Espíritu. Las tinieblas y la depravación de la mente del hombre a causa del pecado, hacen que el hombre sea ciego a la excelencia divina de la Escritura. Y el efecto del pecado,

¹ **Auto-autenticada** – Que lleva la evidencia en sí misma, por sus atributos y características, de su propio origen divino.

² **Perfecciones** – Autoridad, necesidad, perspicuidad (claridad), suficiencia.

³ **Suscitar** – Causar, provocar.

⁴ **Facultad perceptiva necesaria** – Capacidad necesaria para percibir o comprender.

no sólo ciega la mente del hombre y la hace impermeable⁵ a la evidencia, sino que también hace que el corazón del hombre sea totalmente hostil a la evidencia. La mente carnal es enemistad contra Dios y, por tanto, resiste todo argumento de la perfección divina. Si la respuesta apropiada de la fe ha de ser rendida a la excelencia divina inherente en la Escritura, nada menos que la regeneración radical por el Espíritu Santo puede producir la susceptibilidad requerida⁶. “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Co. 2:14). Es aquí donde entra el testimonio interno del Espíritu y es en la obra interior del Espíritu Santo sobre el corazón y la mente del hombre, en lo que consiste el testimonio interno. El testimonio de la Escritura sobre la depravación de la mente del hombre y sobre la realidad, naturaleza y efecto de la obra interna del Espíritu Santo es la base sobre la cual descansa la doctrina del testimonio interno.

Cuando Pablo instituye el contraste entre el hombre natural y el espiritual, y dice con respecto a este último: “En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie” (1 Co. 2:15), quiere decir que la persona “espiritual” es la persona dotada *con* y habitada *por* el Espíritu Santo. Sólo esa persona tiene la facultad de discernir las cosas reveladas por el Espíritu. A diferencia del hombre natural, éste recibe, conoce y discierne la verdad.

Anteriormente, en este mismo capítulo, Pablo nos dice, en términos que abordan aún más concretamente nuestro tema actual, que la fe de los corintios en el Evangelio fue inducida por la demostración del Espíritu y de poder. “Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1 Co. 2:4-5). Sin duda, Pablo está reflexionando aquí, acerca de la manera de su predicación... En efecto, está diciendo que el Espíritu de Dios actuó de tal manera en él y en su predicación que la respuesta de los corintios fue la fe sólida que descansa en el poder de Dios y no esa fe evanescente⁷ que depende de la atracción del arte de la retórica⁸ y de la sabiduría mundana. La fe de los corintios encuentra su fuente en la demostración de que el autor es el Espíritu Santo. Es, ciertamente, la fe que termina en la Palabra de Dios

⁵ **Impermeable** – Insensible, incapaz de ser afectado por.

⁶ **Susceptibilidad requerida** – Capacidad necesaria de ser afectado por algo.

⁷ **Evanescente** – Temporal; que desaparece rápidamente.

⁸ **Retórica** – Arte de hablar o escribir de forma elegante y con corrección con el fin de deleitar, conmover o persuadir; expresión clara y persuasiva.

predicada por Pablo. Pero es una fe producida por la demostración del Espíritu y la manifestación del poder divino que la acompañan.

En la primera epístola a los Tesalonicenses, Pablo vuelve a referirse al poder y la confianza con que él y sus compañeros predicaron el Evangelio en Tesalónica. “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1 Ts. 1:5). En este texto, la referencia al poder y la certidumbre parece aplicarse al poder y la confianza con las que Pablo, Silvano y Timoteo proclamaron la Palabra, más que a la convicción con que la recibieron los tesalonicenses. El Evangelio llegó en el Espíritu Santo y, por tanto, con poder y certidumbre. Pero no debemos disociar la recepción de la Palabra por parte de los tesalonicenses de este poder y certidumbre obrados por el Espíritu. Porque Pablo prosigue: “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1 Ts. 1:6). La fe resultante por parte de los tesalonicenses debe considerarse como procedente de esta actividad del Espíritu Santo en virtud de la cual el Evangelio fue proclamado “en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”. El hecho de que los tesalonicenses se convirtieran en imitadores del Señor y recibieran la Palabra con gozo, se debe a que el Evangelio no vino sólo de palabra y no vino sólo de palabra porque vino en el poder del Espíritu Santo. Por tanto, su fe encuentra su fuente en esta demostración del Espíritu, al igual que el gozo con el cual ellos recibieron la Palabra, es el gozo obrado por el Espíritu.

Cuando el apóstol Juan escribe: “Pero vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad” (1 Jn. 2:20-21; *cf.* 27), seguramente, está aludiendo a esa misma morada del Espíritu de la que trata Pablo en 1 Corintios 2:15. Esta unción es una posesión permanente e inviste a los creyentes de discernimiento de la verdad y firmeza en ella.

Resumiendo, las conclusiones extraídas de estos pocos relevantes pasajes, podemos decir que la recepción de la verdad de Dios con una fe inteligente, perspicaz, gozosa y permanente es el efecto de la demostración y el poder divinos a través de la eficacia del Espíritu Santo, y que esta fe consiste en la confiada certidumbre de que, aunque la Palabra de Dios es traída a través del hombre como instrumento, no es la palabra del hombre, sino en verdad, la Palabra de Dios. Vemos de nuevo cómo, incluso en relación con el testimonio interno del Espíritu, el ministerio de los hombres de ninguna manera milita en contra de la recepción de su mensaje como la Palabra de Dios.

Este testimonio del Espíritu Santo ha sido llamado el *testimonio interno* del Espíritu. Cabe preguntarse ¿por qué se llama *testimonio* a la obra interna del Espíritu? De hecho, no parece haber ninguna razón de peso para llamarla así. Sin embargo, hay algo apropiado en la palabra. La fe inducida por esta obra del Espíritu descansa en el testimonio que la Escritura contiene, inherentemente, de su origen y carácter divinos. Es función del Espíritu Santo, abrir las mentes de los hombres para que perciban ese testimonio y hacer que la Palabra de Dios sea llevada a casa, a la mente del hombre, con poder gobernante y convicción. De este modo, puede decirse que el Espíritu Santo da testimonio perpetuo del carácter divino de aquello que es obra suya.

Con frecuencia, ha sido interpretado que el testimonio interno del Espíritu consiste en la iluminación o en la regeneración en su aspecto noético⁹. Es iluminación porque consiste en la apertura de nuestras mentes para contemplar la excelencia inherente a la Escritura como la Palabra de Dios. Es regeneración en el aspecto noético porque es la regeneración que llega a su expresión en nuestro entendimiento, en la respuesta de la mente renovada a la evidencia que la Escritura contiene de su carácter divino. Todo lo que no sea iluminación en el sentido definido anteriormente, no puede ser el testimonio interno...

Hay un principio que es necesario subrayar, a saber, que el testimonio interno no nos transmite *nuevos contenidos de la verdad*. Todo el contenido de verdad que entra en el ámbito del testimonio interno está contenido en la Escritura. Este testimonio termina con el fin de obligar a creer en el carácter divino y la autoridad de la Palabra de Dios, y sólo con ese fin. No da base alguna para nuevas revelaciones del Espíritu.

Cuando Pablo escribe a los tesalonicenses: “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”, sin duda, él está haciendo una distinción entre el contenido real del Evangelio y el poder concomitante con el que les fue transmitido y en virtud del cual fue llevado a casa con convicción a los corazones de los tesalonicenses. Del mismo modo, en 1 Corintios 2:4-5, el contenido de la palabra y la predicación de Pablo, seguramente, tendrá que distinguirse de la demostración del Espíritu y del poder por el cual el mensaje de Pablo fue eficaz para engendrar la fe en los creyentes de Corinto. Y también es justo que reconozcamos una distinción entre la verdad que Juan dice que sus lectores ya conocían y la unción permanente del Espíritu que les proporcionó el conocimiento y el discernimiento apropiados para llevar a una conciencia más clara y a una aplicación coherente, la verdad que ya habían recibido (1 Jn. 2:20-

⁹ **Noético** – (Griego = *noesis*), acto intencional de pensar, actividad mental; intelectual.

27). En cada caso, la función iluminadora y selladora del Espíritu, tiene que ver con la verdad que había sido recibida de una fuente distinta a la de sus operaciones confirmatorias y selladoras.

El testimonio interno del Espíritu es el complemento necesario del testimonio que la Escritura da, inherentemente, de su inspiración plenaria. Los dos pilares de la verdadera fe en la Escritura como Palabra de Dios son el testimonio *objetivo* y el testimonio *interno*. El testimonio objetivo nos proporciona una concepción de la Escritura que proporciona la base adecuada para la operación selladora siempre activa del Espíritu de la verdad. El testimonio interno asegura que este testimonio objetivo, produzca la respuesta adecuada en la conciencia humana. La función selladora del Espíritu, encuentra su completa explicación y validación en el testimonio dominante que la Escritura da de su propio origen y autoridad divinos. Y el testimonio de la inspiración plenaria recibe su confirmación constante en la obra interior del Espíritu Santo, la cual da testimonio por y con la Palabra en los corazones de los creyentes.

Tomado de La Palabra infalible (*The Infallible Word*), Seminario Teológico de Westminster and P&R Publishing; usado con permiso.

John Murray (1898-1975): Teólogo y autor presbiteriano; nacido en Badbea, cerca de Bonar Bridge, condado de Sutherland, Escocia, Reino Unido.



“Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). Hay varias traducciones de esta palabra *inspirados*. Algunos dicen que debería ser “movidos”; otros dirían que significa “llevados”; algunos dirían, incluso, “conducidos”. Probablemente, todos tienen razón; la palabra puede tener todos esos significados. Lo que es importante para nosotros es que todos están de acuerdo en esto: cuando se escribieron estas profecías, no fue un caso de un hombre en control de sí mismo, usando sus poderes naturales y propensiones y habilidades, pensando las cosas y luego escribiendo lo mejor que pudo. ¡De ninguna manera! Todo el tiempo, estaba controlado por este fuerte viento del Espíritu, por este sople de Dios, por esta energía divina. Este [impulso creativo] divino se apoderó de él, lo sostuvo y lo llevó, y fue arrastrado por el Espíritu. Y fue como resultado de ese proceso que surgieron estas profecías y estas Escrituras. —*David Martyn Lloyd-Jones*

Nadie, sino Dios, puede abrir los ojos de los ciegos, abrir las tumbas de los muertos, reanimar y vivificar la conciencia cauterizada, atar el alma de un pecador al juicio venidero, cambiar y alterar el estado y el temperamento del espíritu de un hombre o levantar, refrescar y consolar tan poderosamente a un alma decaída y moribunda; ciertamente, el poder de Dios está en todo esto y si no hubiera nada más, sin embargo, esto sólo bastaría para probar, plenamente, la autoridad divina de las Escrituras. —*John Flavel*

DIOS RECLAMA TU ATENCIÓN

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“La boca de Jehová lo ha dicho” (Isaías 1:20).

CADA palabra que Dios nos ha dado en este Libro, reclama nuestra atención debido a *la infinita majestad de Aquel que la pronunció*. Veo ante mí un Parlamento de reyes y príncipes, sabios y senadores. Oigo a uno tras otro de los dotados Crisóstomos¹, derramar elocuencia como el “Boca de oro”. Hablan, y hablan bien. De repente, se hace un silencio solemne. ¡Qué *silencio!* ¿Quién habla ahora? Callan porque Dios, el Señor, está a punto de alzar su Voz. ¿No es justo que estén así? ¿No dice Él: “Guardad silencio ante mí”? ¿Qué voz es como su Voz? “Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria. Voz de Jehová que quebranta los cedros; quebrantó Jehová los cedros del Líbano... Voz de Jehová que hace temblar el desierto; hace temblar Jehová el desierto de Cades” (Sal. 29:4-5, 8). No rechacéis al que habla.

¡Oh oyente mío, que no se diga de ti que has pasado por esta vida con Dios hablándote en su Libro y tú negándote a escuchar! Poco importa si *me* escuchas o no; pero es muy importante si escuchas o no a Dios. Es Él quien te hizo; en sus manos está tu aliento y si Él habla, te lo imploro, abre tu oído y no seas rebelde. Hay una majestad infinita en cada línea de la Escritura, pero especialmente, en aquella parte de la Escritura en la que el Señor se revela a Sí mismo y su glorioso plan de gracia salvadora en la persona de su amado Hijo Jesucristo. La cruz de Cristo tiene un gran reclamo sobre ti. Escucha lo que Jesús predica desde el madero. Él dice: “Inclinad vuestro oído y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma” (Is. 55:3).

El derecho de Dios de ser escuchado reside también, en la *condescendencia*² que le ha llevado a hablarnos. Ya era algo para Dios haber hecho el mundo e invitarnos a contemplar la obra de sus manos. La Creación es un libro ilustrado para niños. Pero, si lo piensas bien, que Dios hable en el lenguaje de los mortales, es aún más maravilloso. Me maravilla que Dios haya hablado por medio de los profetas; pero me admira aún más que haya escrito su Palabra en blanco y negro, en un lenguaje

¹ **Juan Crisóstomo** (c. 347-407) – Antiguo teólogo y expositor de la Iglesia griega, cuyo nombre significa “boca de oro”. Spurgeon se refiere aquí a los jóvenes predicadores.

² **Condescendencia** – Rebajarse o rebajar a personas o cosas indignas.

inequívoco que puede traducirse a todas las lenguas para que todos podamos ver y leer por nosotros mismos, lo que Dios el Señor nos ha hablado y lo que, de hecho, sigue hablando. Porque lo que Él nos ha dicho, nos lo sigue diciendo con tanta frescura como si lo hubiera dicho por primera vez. ¡Oh glorioso Jehová!, ¿hablas Tú al hombre mortal? ¿Puede haber alguien que se niegue a escucharte? ¡Si eres tan lleno de bondad y ternura que te inclinas desde el cielo para conversar con tus criaturas pecadoras, nadie, sino aquellos que son más brutos que el buey y el asno, se harán oídos sordos ante Ti! Así, la Palabra de Dios reclama tu atención por su majestad y su condescendencia.

Pero, además, debería ganarse tu atención por su importancia intrínseca. “La boca de Jehová lo ha dicho” —entonces, no es una bagatela³—. Dios nunca habla vanidad. Ninguna línea de sus escritos trata de los temas frívolos de un día. Lo que puede olvidarse en una hora es para el hombre mortal y no para el Dios eterno. Cuando el Señor habla, su discurso es divino y sus temas son dignos de alguien cuya morada es infinita y la eterna. Dios no juega contigo, hombre: ¿Vas a jugar con Él? ¿Lo tratarás como si fuera alguien como tú? Dios habla en serio cuando te habla: ¿No le escucharás con seriedad? Él te habla de grandes cosas que tienen que ver con tu alma y su destino. “No os es cosa vana; es vuestra vida” (Dt. 32:47). Tu existencia eterna, tu felicidad o tu miseria, dependen de cómo trates aquello que la boca del Señor ha hablado. Él te habla de realidades eternas. Te ruego que no seas tan imprudente como para apartar tu oído. No actúes como si el Señor y su verdad no fueran nada para ti. No trates a la Palabra del Señor como algo secundario que puede esperar tu tiempo libre y recibir atención cuando no tengas otra tarea por delante: Deja todo lo demás a un lado y escucha a tu Dios.

Reconoce esto, si “la boca de Jehová lo ha dicho”, hay una necesidad urgente y apremiante. Dios no rompe el silencio para decir lo que bien podría haber callado. Su voz indica gran urgencia. Hoy, si queréis oír su voz, oídla porque Él exige atención inmediata. Dios no habla sin abundantes razones y, ¡oh oyente mío, si Él te habla por su Palabra, te suplico que creas que debe haber una causa abrumadora para ello!

Sé lo que dice Satanás: Te dice que puedes hacer muy bien sin escuchar la Palabra de Dios. Sé lo que susurra tu corazón carnal, dice: “Escucha la voz de los negocios y del placer; pero no escuches a Dios”. Pero, ¡oh! si el Espíritu Santo enseña a tu mente a ser sensata y pone en tu mente, la mente de la verdadera sabiduría, reconocerás que lo primero que tienes que hacer es escuchar a tu Hacedor. Puedes oír las voces de otros en otro momento; pero tu oído debe oír primero a Dios, puesto que

³ **Bagatela** – Nimiedad, asunto de poco valor o importancia.

Él es el primero y lo que Él habla debe ser de primera importancia. Sin demora, apresúrate a guardar sus mandamientos. Responde sin reservas a su llamado y di: “Habla, Jehová, porque tu siervo oye” (1 S. 3:9).

Cuando estoy en este púlpito para predicar el Evangelio, nunca siento que puedo invitarlos, tranquilamente, a que atiendan un tema que es uno entre muchos y que, muy apropiadamente, puede ser dejado solo por un tiempo, si sus mentes ya están ocupadas. No; pueden estar muertos antes de que vuelva a hablar con ustedes y, por eso, les ruego que me presten atención inmediata. No temo apartarles de otros asuntos importantes al rogarles que atiendan a lo que la boca del Señor ha dicho porque ningún asunto tiene importancia en comparación con éste: Éste es el tema principal de todos. Se trata de tu alma, de tu propia alma, de tu alma siempre existente que es la que está involucrada, y es tu Dios, Quien te habla. Escúchalo, te lo ruego. No te estoy pidiendo un favor cuando te pido que escuches la Palabra del Señor: Es una deuda con tu Hacedor que estás obligado a pagar. Sí, es además, una bondad para contigo mismo. Incluso, desde un punto de vista egoísta, te exhorto a que escuches lo que la boca del Señor ha dicho porque en su Palabra está la salvación. Escuchen diligentemente lo que su Hacedor, su Salvador, su mejor amigo, tiene que decirles. “No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación” (He. 3:8), sino “inclinad vuestro oído y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma” (Is. 55:3). “La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios” (Ro. 10:17).

Tomado de un sermón predicado en la mañana del Día del Señor, el 11 de marzo de 1888, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



No te sientes a los pies de los hombres, sino a los pies de Jesús. Sólo su Palabra puede instruirte en estas verdades sagradas y preciosas. Debes aprender en la escuela de Cristo y ser enseñado por el Espíritu Santo. —*Octavius Winslow*